

Brigitte
EN ACCION

Sekreten Polizeiken

Lou Carrigan

Mr. Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA está moribundo. Según parece, ha intentado suicidarse, después de haber traicionado a la CIA con un grupo llamado Sekreten Polizeiken. Pero Brigitte no lo cree. Está segura de que su antiguo Simón, al que una vez salvara la vida en Buenos Aires, ni es un traidor ni ha intentado en modo alguno suicidarse. Por lo tanto, alguien lo ha preparado todo y ha intentado matar a su jefe, así que ella va a llegar al fondo del asunto.



Lou Carrigan

Sekreten Polizeiken

Brigitte en acción - 182

Archivo Secreto - 265

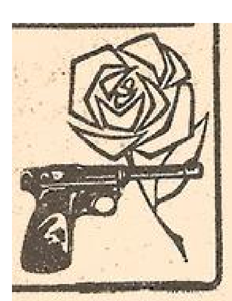
ePub r1.1

Titivillus 19.10.2017

Lou Carrigan, 1974
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—Estupendo —aprobó Miky Grogan—. Sencillamente estupendo, Brigitte.

—Como siempre… —dijo Frank Minello—. No comprendo por qué se sorprende, jefe.

Miky Grogan dirigió una ceñuda mirada a Minello, el jefe de la Sección Deportiva del «Morning News», diario que el primero dirigía, contando con el privilegio de tener a sus órdenes a la señorita Brigitte Montfort, la periodista más famosa de toda América y, posiblemente del mundo.

La cual, apenas captar la mirada de Grogan a Minello, sonrió, encendió un cigarrillo y se puso a mirar al techo, resignada.

—¿Y a ti quién te mete en esto? —Gruñó Grogan.

—Hombre, jefe… Todos sabemos que Brigitte es sensacional, así que no debería haber sorpresa alguna por sus magníficos o estupendos artículos. Yo diría más… Yo diría «magníficamente estupendos»… Eso es. Recuerdo aquel de…

—¿Y no podrías recordar tú que estás en el «Morning» para trabajar? —cortó suavemente Grogan.

—Ya trabajo, jefe. Precisamente…

—¡Tú no trabajas ni haces nada! —estalló Miky Grogan—. ¡Lo único que haces es pasarte el día detrás de Brigitte, diciéndole bobadas!

—¿Bobadas? —se indignó Minello—. Mírela bien. ¡Mírela usted, jefe! ¡Mire a Brigitte! Un tanto desconcertado, Grogan miró a Brigitte, lo cual valía siempre la pena, desde luego.

—Está bien… —Se armó de paciencia—. Ya la he mirado.

—*Okay*. ¿Usted se ha dado cuenta de lo elegantísima que está con ese vestidito de primavera que hace juego con sus ojazos más azules y hermosos que el cielo? ¿Usted se ha dado cuenta de que su piel reluce dorada y luminosa como el sol? ¿Usted no se ha dado

cuenta de que tiene una boquita enloquecedora, y unas piernas que servirían de modelo al mejor escultor del mundo, y un cuello exquisito como el tallo de una flor tropical, y un… un… un busto que…? ¿Usted ha reparado en ese hoyuelo que tiene en la barbilla, y en esos cabellos negros y con ondas que parecen olas de mar, y…?

—Me he dado cuenta de todo eso —graznó Grogan—. ¿Y qué?

—¿Usted se ha dado cuenta, jefe, de que tenemos ante nosotros, fumando, mirando al techo, a la criatura más divina y angelical que nació en este cochino mundo?

—¡Sí, sí, sí, me he dado cuenta…! ¿Y qué?

—¡Pues hombre, maldita sea mi estampa, que a una criatura así se le puede decir todo sin que resulten bobadas! ¿Usted capta mi idea, jefe? Si yo le digo a Brigitte: «oye, rayito de luna, válvula de mi corazón, ángel de mis sueños, flor celestial, efigie de la belleza…, ¿quieres que cenemos juntos?»… ¿le parece a usted una bobada? ¿Eh? ¿Le parece una bobada?

—¡Eres tú quien me parece bobo, no las alabanzas a Brigitte!

—¡Aquí no hay más bobo que… que… que…!

—¿Que quién? ¡Vamos, atrévete! ¡Dilo! ¿Quién es el único bobo aquí?

—Esto… Vaya… El botones de mi sección, jefe.

—¡Pues yo digo que ese muchacho es mil veces más listo que tú! ¡Y si no te largas de aquí ahora mismo…!

—Quien se va soy yo —suspiró Brigitte, poniéndose en pie—. La escena ya la he visto otras veces. Señores: que gane el que grite más. Buenas noches.

—¡Un momento! —aulló Grogan—. ¡No es usted quien tiene que marcharse, sino este cretino!

—¿Quién es un cretino? —gritó Minello.

—¡Tú!

—Ah. Creí que se refería a usted mismo, y que…

—¡Estás despedido! —Vociferó Grogan—. ¡Des-pe-di-do! ¡Largo de aquí!

—Anda, Frankie, hazle caso —pidió Brigitte—. Y si me esperas afuera sin decir una sola palabra más, aceptaré cenar contigo esta noche.

Frank Minello abrió la boca pero en seguida tomó de sobre la mesa de Grogan un sujetador de papeles, lo abrió y se lo colocó de

modo que sus labios quedaron dentro, imposibilitados para moverse. Miró a Grogan, le hizo un palmo de narices, y salió del despacho…, mientras el rostro de Grogan iba tomando el color de la púrpura.

—Tranquilo… —sonrió Brigitte—. ¿De verdad le ha gustado mi artículo respecto al fallecimiento de John Edgar Hoover?

—¿Eh…? Sí… Sí, sí. Mucho. Además, supongo que algunos de los datos que se mencionan aquí no están al alcance de cualquiera.

—Por supuesto que no. Vamos a dejar que pasen unos días, y entonces me dedicaré a reunir datos para presentar al público una biografía lo más completa posible del sucesor del director del FBI, el señor Patrick Gray. ¿Le parece bien?

—Me parece estupendo —se entusiasmó Grogan.

—De acuerdo, entonces. Para cuando yo escriba esa biografía, lo habrán hecho los demás periódicos, pero… no creo que nadie reúna los datos que yo conseguiré. En fin, como suele decirse, a rey muerto, rey puesto… El señor Hoover era un tanto… duro, pero todos estábamos acostumbrados a él.

—Ya veremos qué pasa ahora en el FBI.

—¿Qué ha de pasar? —se sorprendió Brigitte—. Absolutamente nada. Aunque nadie podrá jamás discutir los muchísimos méritos del señor Hoover, una organización como el FBI no va a experimentar colapso alguno por su ausencia. Nadie es imprescindible, querido Miky. De todos modos…

El teléfono sonó, y Grogan descolgó el auricular, dirigiendo una mirada de disculpa a Brigitte.

—¿Sí? Sí… Sí, sí. Un momento —tendió el auricular a la divina criatura—. Es para usted, Brigitte.

—Gracias. ¿Diga?

—Ah, Simón —apareció un destello diferente en los hermosísimos ojos—. ¿Ocurre algo?

—¿Qué ocurre?

—Sí, sí, sí, estaré en la azotea del «Crystal Building» dentro de veinte minutos, desde luego, pero dígame qué… —Alzó la cabeza, entre sobresaltada y sorprendida, y, por fin, musitó incrédulamente —: Ha colgado.

—¿Era el ayudante de Pitzer?

—Sí… Y me ha colgado el teléfono. ¡A mí! Tiene que ser

urgentísimo todo, algo terrible ha sucedido… ¡Dios mío, espero que no le haya ocurrido nada malo a tío Charlie! Tengo que irme… ¡Tengo que irme inmediatamente! —Colgó el auricular y corrió hacia la puerta, pero se detuvo en seco—. ¡Oh, y ese tonto de Frankie está esperándome afuera…! ¡Saldré por el almacén! ¡Adiós, Miky!

Salió a toda prisa del despacho, en verdad alarmada. Simón, el ayudante de Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, jamás la había dejado con la palabra en la boca. Para dar muestras de tanta prisa y descortesía con ella, tenía que estar sucediendo algo horrible… Tan horrible que Simón se había apresurado a llamarla a ella. Sí… Como siempre que sucedía algo terrible, la CIA recurría a su agente Baby, la espía más peligrosa del mundo, que estaba dispuesta a batir todos los récords de velocidad para llegar cuanto antes a la azotea del edificio donde tenía su apartamento…

* * *

El aire agitó fuertemente sus cabellos cuando apareció en la azotea, habilitada hacía tiempo como pequeño helipuerto. Y allá, con las aspas en marcha estaba esperando el helicóptero que tantas veces había recogido a Baby para llevarla con la máxima urgencia a la Central de la CIA, a Langley.

Inclinándose para evitar ser decapitada por las aspas del helicóptero, Brigitte llegó a éste, y se encaramó rápidamente. Simón estaba a los mandos y, apenas ella estuvo dentro, el aparato emprendió el vuelo.

—Simón, ¿qué…? ¡Tío Charlie! —exclamó al verle sentado atrás —. ¿Está usted bien? ¡Creí…!

—Él está bien —dijo Simón—. Pero quedó tan impresionado que no podía hablar. Y mucho menos, para darle a usted la noticia.

—¿Qué noticia?

Brigitte Montfort quedó pálida como un cadáver. ¿Había oído bien? El helicóptero hacía tanto ruido… En la mente de la espía apareció la imagen del rostro de *mister* Cavanagh, el hombre que dirigía desde Langley a todos los espías de acción de la CIA El hombre al que ella, años atrás, había salvado la vida en Buenos

Aires, el hombre serio juicioso, sereno, inteligente y sobrio que hacía años era su jefe directo, el hombre que jamás se alteraba, el hombre que, a ella le constaba, la quería como si fuese su propia hija, igual que el propio Pitzer… ¿Había oído bien?

—Santo Dios… ¿Qué ha dicho usted? —pudo balbucir por fin.

—Se ha suicidado.

—¿Míster Cavanagh?

—Sí, él.

—No… No, no.

—Hacía un minuto que habíamos recibido el mensaje en la floristería cuando la empecé a llamar, por la radio de bolsillo. Supongo que usted no la llevaba encima. Llamé a su apartamento, y Peggy me dijo que debía estar todavía en el «Morning».

—Pero… ¡Dios mío, no puede ser… Es imposible! ¡Simón, es imposible!

—No creo que sea una broma de la Central, francamente. Lo han llevado a nuestra clínica privada, así que iremos directamente allí, donde le darán a usted detalles. Nosotros no podemos hacerlo, sólo sabemos que se ha suicidado. Lo siento, Baby.

Ésta miró al silencioso y sombrío Pitzer, que estaba tan pálido como ella. Charles Alan Pitzer, aparte de ser uno de los jefes de Sector de míster Cavanagh, era buen amigo personal de éste, unidos por la profesión también y, especialmente, por el cariño inmensurable que ambos habían sentido siempre por aquella muchachita que años atrás había comenzado a jugarse la vida siguiendo sus órdenes, respaldada por la poderosa CIA, pero resolviendo siempre las cuestiones de espionaje a su manera, siempre de un modo genial, siempre vencedora, siempre fuerte, implacable, audaz, sin miedo a nada ni a nadie… Con los años, aquella muchachita de grandes ojos azules que parecían expresar el susto de la iniciación en el espionaje, se había convertido en Baby, la espía más temida por todos los servicios secretos del mundo…

Pero en aquel momento, viendo aquellos grandiosos ojos llenos de lágrimas, Charles Alan Pitzer se sintió sobrecogido, aterrado… ¿Por qué engañarse? Aquella mujer capaz de matar a un hombre de un solo golpe, de realizar las más descabelladas y escalofriantes misiones, seguía siendo aquella niña de ojos espantados que hacía años decidió jugarse la vida sin descanso en misiones de espionaje

que, en todo momento, iban encaminadas a conservar la paz entre los pueblos, la paz en el mundo… ¿Por qué engañarse? Brigitte Bierrenbach Montfort, la jovencita dulce y maravillosa, seguía latiendo en aquel corazón, que ni los más horribles acontecimientos habían conseguido insensibilizar.

—Tío Charlie… —gimió ella—. Tío Charlie, lo hemos perdido… ¡Lo hemos perdido!

Charles Alan Pitzer notó en la garganta un nudo tan grande como un hipopótamo. Y todo lo que pudo hacer fue pasar un brazo por los hombros de Brigitte y atraerla hacia él, suavemente. Entonces, la espía más implacable del mundo rompió a llorar desconsoladamente.

Capítulo II

Brigitte parpadeó. Miró su relojito, en silencio. Eran las once menos diez minutos de la noche. El agente de la CIA Maxwell se adelantó hacia el helicóptero en cuanto las aspas hubieron dejado de girar, y tendió una mano, para ayudar a saltar a Baby. Ella lo miró a los ojos, y el espía bajó los suyos. También su rostro estaba demudado. Hacía años que estaba al servicio directo de *mister* Cavanagh, sirviéndole de ayudante, y, conociendo a Cavanagh, Brigitte no podía sorprenderse del afecto que el agente secreto sentía por su jefe.

—¿Dónde… dónde está, Simón? —susurró Baby.

—Lo han llevado al quirófano…, pero no hay nada que hacer. Morirá.

—¿Morirá? —Casi gritó Brigitte—. ¿Es que no está muerto ya?

—No… Pero no se haga ilusiones.

—¡Que no me haga ilusiones…! ¡Vamos a…!

—Será mejor que nos quedemos en la sala de espera. Todo lo demás que hagamos, sólo serviría para molestar.

—Sí… Sí, claro… ¡Tío Charlie!, ¿ha oído? ¡Todavía no ha muerto!

—A mí me dijeron que se había suicidado —murmuró Pitzer.

—Es que así ha sido, señor —dijo Maxwell—. Se tomó todo un tubo de barbitúricos.

—¡Eso es mentira! —Casi gritó Brigitte.

—Bueno… Vaya, no sé qué decirle… Pero le aseguro que eso es lo que ha ocurrido, Baby. Cuando yo llegué, lo encontré tendido en el *living*, sobre la alfombra. Junto a él estaba el tubo de barbitúricos vacío. La verdad es que me pareció que ya estaba muerto, pero avisé urgentemente aquí, y fueron a buscarlo. Uno de los médicos dijo que aún vivía, y comenzaron a hacerle un lavado de estómago en la ambulancia, le inyectaron no sé qué… Bueno, están

intentando salvarlo, pero no hay ninguna posibilidad.

* * *

Hacia las tres y media de la madrugada, la doble puerta del quirófano se abrió, y aparecieron media docena de hombres, con aspecto fatigado, arrugadas como ajadas, sus batas blancas. Sentada en uno de los sillones de la sala de espera, Brigitte Montfort miró a mayor de ellos, mientras se ponía en pie. Junto a ella, Pitzer, Simón y Maxwell hicieron lo mismo, y, en los sillones de enfrente a ellos, tres de los consejeros de las asambleas de la CIA hicieron lo mismo.

El médico jefe los miró a todos, pero se acercó Baby, con gesto sombrío.

—Aún está vivo… —susurró—. Estamos haciendo todo lo posible, pero… Bueno, francamente, no doy ni un centavo por su vida. Y si hubiesen tardado tan sólo cinco minutos más en encontrarlo, ya habría muerto haría varias horas.

—¿Puedo verlo?

—No creo que eso le perjudique. Tampoco le beneficiará, desde luego. No he tenido nunca un caso tan desesperado en las manos. Podemos considerarlo como cadáver en un noventa y nueve por ciento. Lo siento de veras.

Brigitte asintió con la cabeza y se dirigió hacia la doble puerta. Poco después, en una habitación anexa al quirófano, veía al joven médico, encendiendo un cigarrillo, con aspecto cansado. Junto a la cama había dos enfermeras, vigilantes. Y en la cama, rodeado de aparatos de todas clases, estaba míster Cavanagh, cara al techo… Todas sus facciones parecían de piezas sueltas, de piezas que se iban desencajando, y al verlo forzosamente se tenía que pensar que estaba muerto. La espía se quedó inmóvil a un lado de la cama, contemplando aquella frente amplia, los largos cabellos, grises en las sienes, la sumida boca… Una ligerísima capa de finísimo sudor hacía brillar aquel rostro del hombre que era cadáver en un noventa y nueve por ciento.

En un lado, el receptor de latidos mostraba en su pantalla el pequeño puntito en el aparato. Pit… Pit… Pit… Pit…

Durante no menos de cinco minutos, la espía internacional permaneció allí, inmóvil, contemplando aquel rostro, como si no

hubiese en el mundo nada más que fuese digno de su atención. Por fin, alzó la cabeza y miró a los demás, que también permanecían en silencio contemplando lo que quedaba del hombre que hasta entonces había estado dirigiendo nada menos que el Grupo de Acción de la CIA, en todo el mundo.

La espía miró finalmente al joven médico.

—¿Podemos hacer algo nosotros, doctor?

—Ustedes, no. Y nosotros, muy poco, por no decir nada. No podemos insistir en el tratamiento hasta dentro de seis horas, o acabaríamos de matarlo nosotros mismos.

—¿Realmente ingirió barbitúricos?

—Realmente. Por lo menos, todo un tubo.

—Gracias. Volveré por la mañana.

Salió del cuarto y del quirófano. De nuevo en la sala de espera, los tres consejeros de la CIA se acercaron a Brigitte, y se quedaron mirándola con expresión preocupada.

—Es una situación muy peliaguda, Baby.

—¿Peliaguda? —Alzó ella las cejas.

—No hablo sólo por la vida de Cavanagh. Me estoy refiriendo también a su despacho. Alguien tendrá que atenderlo… De ninguna manera podemos dejar sin dirección al Grupo. Al de Acción, usted ya me entiende.

Brigitte señaló a Maxwell.

—Él puede hacerlo, de momento.

—¿Yo? —Respingó el agente secreto—. No, no… Demasiada responsabilidad para mí. No estoy preparado para eso, Baby.

—Nosotros habíamos pensado en usted —murmuró el consejero.

—Olvídenlo.

—Pero usted es la más capacitada para…

—Están ustedes posponiendo al señor Pitzer —rechazó ásperamente Brigitte.

—No es eso —se pasó una mano por la frente el hombre—. Conocemos de sobra la gran capacidad de Pitzer, pero no podemos dejar sin dirección el Sector de Nueva York. Sería…

—Simón puede dirigir ese Sector, y que el señor Pitzer dirija el despacho de Cavanagh.

—Pero… ¿por qué no usted? —insistió el hombre.

—Porque yo tengo otras cosas que hacer, y se acabó.

—Bien… —vaciló otro—. ¿Qué dice usted, Pitzer?

—Yo respondo por mi ayudante —replicó fríamente el jefe del Sector de Nueva York—. Conoce perfectamente todos los dispositivos del Sector de Nueva York. En cuanto a mi, si Baby me considera capacitado, ella sabrá por qué lo dice… Quizá porque yo la enseñé a dar sus primeros pasos en el espionaje.

A nadie pasó inadvertido el tono cáustico de Pitzer y durante unos segundos reinó el silencio en el grupo. Por fin, uno de los consejeros murmuró:

—No es momento de celos profesionales, Pitzer.

—Yo tendría celos de un idiota —replicó casi violentamente Pitzer—. Pero si tuviese celos porque Baby va a dirigir el Grupo, el idiota sería yo. Y no conozco a ningún idiota que lleve más de veinticinco años en el servicio secreto americano. Por otra parte, a mi edad, todas mis ambiciones se limitan a sobrevivir.

—Le diré una cosa, tío Charlie —deslizó Brigitte—; si por no acudir usted ahora mismo a atender la dirección del Grupo me matan a un solo Simón, jamás se lo perdonaría. Y si no me ha entendido, se lo repetiré con mucho gusto.

—Lo he entendido muy bien.

—Entonces, buenas noches a todos. Simón, venga conmigo.

—¿Yo?

—Usted, a Nueva York, en el helicóptero. Le digo a usted, Maxwell… ¿Puede conseguir un coche ahora mismo?

—Sí… Sí, claro.

—Pues hágalo. Y he dicho ahora mismo.

Maxwell salió disparado, mientras Brigitte, a paso normal, se alejaba del grupo de sombríos personajes. Cuando salió al pórtico de la clínica de la CIA, Maxwell se había metido ya en un coche, y lo llevó delante de ella. Brigitte lo rodeó por delante, se sentó a su lado, y dijo:

—En marcha.

—Sí… Bien… ¿Adónde?

—Usted encontró a míster Cavanagh, ¿no?

—Sí…

—Pues lléveme allá.

* * *

El coche se detuvo delante del pequeño chalet en las afueras de Langley, y Simón lo señaló.

—Ahí es… —murmuró—. ¿No había estado nunca?

—No.

—Es una casa pequeña… Pero más que suficiente para un hombre solo. Está muy bien, sí.

—¿Tiene eso importancia para el caso?

—Supongo que no —murmuró Maxwell.

Se apearon los dos y fueron hacia la casa. Pequeña, rodeada de césped y algunos almendros que hacía algunas semanas habían florecido profusamente. Sus flores brillaban a la luz de la ancha calle de la zona residencial. En las demás casas, alejadas muy agradablemente unas de otras, no se veía una sola luz.

—¿Tiene usted la llave?

—Sí, La tomé cuando nos lo llevamos.

Abrió la puerta, pasó y encendió la luz. Brigitte entró, cerrando tras ella. Efectivamente, era un lugar que resultaba agradable, aunque un tanto… desamparado, ésa era la palabra. Había de todo en el *living*: libros, mueble bar, buenas alfombras, cuadros interesantes, buenos muebles confortables, chimenea, algunos viejos trofeos deportivos… Todo era de buena calidad en todas partes; tanto en el dormitorio, como en la cocina, en el baño… Todo reflejaba buen gusto y dinero para satisfacerlo. Pero… la sensación de desamparo persistía. La sensación de una casa que no es un hogar, que es solamente el sitio donde un hombre descansa, siempre solo, sin que nadie le espere nunca.

Y la pregunta tuvo que brotar en la mente de la espía: ¿valía la pena? ¿Qué le había ofrecido la CIA a Cavanagh a cambio de aquella desamparada soledad, de aquella casa siempre silenciosa y vacía?

Aunque… no debía estar siempre tan silenciosa. No poco asombrada, Brigitte se quedó en el umbral del segundo dormitorio, contemplando las grandes jaulas llenas de pájaros, algunos de los cuales alzaron la cabeza y abrieron los ojos al encenderse la luz.

—Son canarios —dijo Maxwell.

Brigitte no salía de su asombro.

—¿Y qué hacen aquí?

—Son de él… Del jefe.

—¿De míster Cavanagh?
—Claro. ¿No lo sabía usted?
—No…
—Bueno… Hace algunos años que empezó a dedicarse a esto. Y, en cierto modo, estos pajarillos le han salvado la vida… por ahora.
—¿Los canarios?
—Sí. Yo… yo también tengo algunos canarios. No muchos… La verdad es que estoy empezando ahora, prácticamente.
—¿Usted también cría canarios?
—Sí.
Baby se quedó mirando a Maxwell, que pareció azorarse un poco, y desvió la mirada… Bien, ¿por qué sorprenderse? Míster Cavanagh criaba canarios, Maxwell había empezado a criarlos…, y, no mucho tiempo atrás, Número Uno, su amor, había empezado a criar palomas mensajeras…
¡Cuán profunda era la soledad de aquellos hombres dedicados en cuerpo y alma al espionaje! ¿Y a cambio de qué? En aquellos momentos, Número Uno debía estar tomando el sol en el jardín de su «Villa Tartaruga»… Sí, en Malta ya era de día, él estaría tomando el sol, leyendo, quizá. O escuchando música. O cuidando a sus palomas mensajeras. Siempre serio, siempre solo. Siempre, siempre, siempre…
Brigitte consiguió sonreír a Maxwell.
—Tengo un… amigo que cuida y cría palomas… —murmuró—. ¿Por qué dice que estos pájaros le han salvado la vida a Cavanagh?
—Habíamos quedado él y yo en que esta noche vendría aquí cuando terminásemos en la Central, porque iba a enseñarme algunos libros sobre la cría, y mostrarme las instalaciones de sus jaulas. Incluso habíamos hablado de que podría prestarme uno de sus canarios machos, para… Bien… Bueno, si no hubiese sido por eso, yo no habría venido…, y no creo que hubiese venido nadie.
—Y él estaría muerto haría horas.
—Sin duda alguna.
Brigitte recapacitó unos segundos.
—¿De quién fue la idea de esta visita? ¿De él o de usted?
—Pues… La verdad es que fui yo quien provocó el asunto. Él sabía…, sabe mucho de canarios, sé que tiene algunos ejemplares que me interesan mucho, y me las arreglé para conseguir que me

invitara a venir aquí.

—¿No había venido nunca antes?

—Una vez, pero casi no vi la casa bien, porque pasamos los dos a recoger unas cosas de él. Teníamos que salir de viaje. Pero sé que ya tenía los canarios.

Brigitte volvió a quedar pensativa.

—Dígame cómo y dónde lo encontró —musitó.

—En el *living* —los dos se dirigieron hacia allá, tras una última mirada de curiosidad por parte de Brigitte a los canarios—. Yo llegué en mi coche, y llamé. Sabía que él me estaba esperando, y además, veía luz en esa ventana —señaló—. Pero, después de llamar al timbre tres veces, él seguía sin contestarme. Si la luz hubiese estado apagada, yo habría creído que se había olvidado de nuestra cita, y me habría marchado. Pero, al ver la luz encendida, me extrañó. Empecé a pensar que quizá estaba con los canarios, y no oía el timbre, y luego hasta pensé que quizá se encontraba indispuesto… En fin, que di la vuelta a la casa…

—¿La puerta estaba cerrada?

—Sí, sí, claro. De otro modo, yo…

—¿Estaba la llave en la cerradura, por dentro?

—Sí.

—¿Y usted entró por detrás?

Eso es. Llegué a la puerta que da a la cocina, en el jardín de atrás, y volví a llamar, pero sin resultado. Pegué la oreja a la puerta, pero no oí nada. Ni siquiera a los canarios… Y para que el jefe no me oyese, tenían que haber estado cantando mucho…, cosa no muy frecuente durante la noche. El silencio era total. Entonces, ya preocupado de verdad, empujé la puerta, pensando que si también la encontraba cerrada, me las arreglaría para abrirla, pero… estaba abierta.

—¿Qué quiere decir exactamente «abierta»? Vamos a verla y explíquemelo.

Fueron a la cocina y Simón señaló la puerta, que Brigitte miraba atentamente.

—Vea… Sólo tiene pestillo de resorte redondo, de modo que, tirando de ella, queda cerrada, es decir, sujeta al marco. Pero, a menos que se eche por dentro este pestillo, cualquiera puede abrir por fuera, empujando, simplemente. O desde dentro, tirando.

—Es decir, que este pestillo no estaba cerrado.

—No.

—Volvamos al *living*.

De nuevo allá, Simón señaló la alfombra, delante del sofá.

—Él estaba tendido ahí, de lado, pero un poco boca abajo. En el suelo vi el tubo de barbitúricos. Por la posición de su cuerpo, comprendí que había estado sentado, y que luego había caído del sofá, hacia delante. Lo puse cara al techo y lo examiné… La verdad es que no pude oír su corazón. Me pareció que estaba muerto, pero no dudé en llamar a la clínica, recomendando la máxima urgencia. A veces, una persona parece muerta, pero todavía está viva… Vinieron inmediatamente; yo creo que no tardaron ni cinco minutos. Yo les abrí la puerta, y cuando nos fuimos todos de aquí, cerré y me llevé la llave. Desde la clínica, avisé a la Central, por teléfono. Al poco, llegaron los tres consejeros, y me dijeron que usted seguramente vendría muy pronto a hacerse cargo del Grupo de Acción, y que podría necesitarme, así que en cuanto oí el helicóptero, pensé que era usted…

—Se supone que yo debía dirigirme directamente a la Central, ¿no es así?

—Yo sabía que usted vendría aquí en primer lugar.

—Ah. Bien… ¿Qué más?

—Nada más. Primordialmente se pensó en colocarla a usted en el despacho, y yo no tomé iniciativa alguna porque sabía que usted lo haría. Aunque… no sé qué vamos a hacer.

—¿Está pensando en alguna investigación de tipo… técnico, Maxwell? Quiero decir buscar huellas, indicios…

—¿Para qué? —Se sorprendió el agente—. La cosa no puede estar más clara. Claro que no perderemos nada con buscar huellas que…

—Yo no veo la cosa nada clara —rechazó Brigitte.

—¿Cómo dice?

—Si míster Cavanagh quería suicidarse…, ¿por qué escoger precisamente esta noche, en que sabía que usted iba a venir? ¿Tanta prisa tenía en morir, de pronto? Pero haremos otra cosa: primero de todo, llevar a lavar la alfombra.

Maxwell se quedó atónito.

—¿Llevar a lavar la… la alfombra?

—Sí. Así, cuando él regrese a casa, lo encontrará todo limpio y en orden. En cuanto a los canarios, espero que los cuide debidamente.

—No entiendo bien… Bueno, admiro su fe en que el jefe se va a salvar, y, desde luego, cuente con que sus pájaros estarán cuidados lo mejor posible. Pero, ¿qué significa eso de la alfombra?

—Venga conmigo —fueron los dos hasta el punto de la alfombra donde había caído Cavanagh, y Brigitte señaló un poco más allá—. Observe eso…, esa mancha. ¿Qué diría usted que es?

—No sé… Una mancha, eso es todo.

—Inconcebible en un hombre que tiene su pequeña casa limpia y pulcra como una muestra de chalet en venta. ¿No está de acuerdo? Ahora huela esa mancha.

Todavía desconcertado, Maxwell obedeció. Alzó la cabeza luego, sorprendido.

—Yo diría que huele a *whisky*.

—Y yo también lo digo. Reciente, desde luego. Supongamos que míster Cavanagh estaba sentado en el sofá, esperándole a usted tranquilamente, tomando un *whisky*… De pronto decide suicidarse. Toma los barbitúricos, frío y resuelto, como un magnífico espía que es. Está decidido a morir. Y mientras espera la muerte, sigue tomando el *whisky*… De pronto, las pastillas hacen su efecto. Él está tomando el *whisky*, cae hacia delante, el vaso se rompe, se mancha la alfombra…

—Bueno… Podría ser, claro.

—Entonces…, ¿quién limpió la alfombra? ¿Quién intentó lavar la mancha de *whisky* y recogió los restos del vaso? Y no me diga que fue él. Un hombre que deja solos a sus canarios no se entretiene, mientras está agonizando, en lavar una alfombra y en limpiar el piso de cristales.

—Por Dios… Yo no reparé en…

—Oh, vamos, Simón —sonrió Brigitte—. Es normal. Esta es la primera investigación que realizamos. No se considere tonto. Una vez todo en vías de solución, un grupo de los nuestros habría encontrado los mismos detalles que yo.

—Pero… por lo que usted está diciendo podríamos pensar que… que alguien le obligó a ingerir los barbitúricos.

—Podemos asegurarnos de eso. Quiero que todos los agentes

disponibles sean provistos de fotografías de míster Cavanagh y que se dediquen a recorrer todas las farmacias de Langley y de los alrededores, incluido Washington. Si no hay suficientes hombres, pidan ayuda al FBI, o a la Policía, o a todos. Quiero saber antes del mediodía si míster Cavanagh estuvo en alguna farmacia a comprar ese tubo de barbitúricos.

—¡Me encargaré de eso con muchísimo gusto!

—Estoy segura de ello. ¿Quiere saber lo que yo creo que pasó, en definitiva? Míster Cavanagh le estaba esperando a usted. Se sirve un *whisky*. Poco después, llaman a la puerta. Él va a abrir, convencido de que es usted. Pero no es usted. Son otros hombres que…

—¿Otros? ¿No uno solo?

—No. Para matarlo, bastaba un solo hombre. Para hacerle ingerir las pastillas, tuvieron que ser varios. Por lo menos, tres, ya que míster Cavanagh no es ningún alfeñique… Tres hombres, por lo menos. Consiguen dominarlo, le hacen tragar las pastillas y lo mantienen sujeto, hasta que empiezan a hacer efecto. Entonces, cierran por dentro, y se van por la puerta de atrás, dejándola cerrada sólo con el muelle redondo, ya que el cerrojo no lo pueden cerrar desde fuera. Y si usted no hubiese venido, él estaría muerto ahora. La pregunta final es: ¿por qué?

—Demonios… Usted no tiene un cerebro, sino una computadora, Baby.

—Tonterías… Nuestro equipo habría llegado a las mismas conclusiones. Y no se crean que porque yo haya venido aquí se van a librar de su trabajo. Al contrario, quiero que vengan ahora mismo dos equipos de investigación, y que examinen toda la casa, de arriba abajo. Y he dicho toda. Quiero huellas, tierra que haya podido desprenderse de los zapatos de quien haya venido aquí, olores de tabaco, cualquier detalle… Lo quiero todo.

—Sí… Sí, sí, naturalmente.

—Y otra cosa más —sonrió fríamente Brigitte—: quiero que se haga correr la voz de que míster Cavanagh se ha salvado.

—Pe-pero eso no… no podemos saberlo con seguridad…

—Los hombres que vinieron aquí, tampoco.

Simón-Maxwell se quedó mirando don los ojos muy abiertos a la espía más peligrosa del mundo.

—Para el mediodía tendrá todo lo que ha pedido. ¡Se lo juro!

—Pues será mejor que lo cumpla, porque quien jura en vano se va de cabeza al infierno —sonrió ella.

Capítulo III

A las doce menos veinte de la mañana, Simón-Maxwell apareció por la clínica, y se fue directo al quirófano número 2. De allí pasó al cuarto donde yacía Cavanagh, junto al cual, sentada inmóvil en una silla, estaba Baby, mirando a su jefe. Alzó la cabeza al oírlo, y sonrió.

—Tiene usted mala cara, Simón —dijo.

—Pues usted tampoco parece haber pasado una noche de rosas —sonrió el espía; miró a Cavanagh, apesadumbrado—. ¿Cómo sigue?

—Estacionario. A las diez le hicieron un nuevo tratamiento… ¿Han averiguado algo?

—Sí. Prácticamente, todo.

Brigitte se quedó mirándolo con suma atención.

—Me parece que hay algo que justifica su sombría expresión… ¿Qué es ello?

—Es muy posible que el jefe no se suicidase, pero… casi daría lo mismo.

—Empiece por el principio —dijo Brigitte.

—En la casa no había huellas de nadie de fuera, salvo las nuestras. Lo de la alfombra era *whisky*. Se ha admitido que alguien pudo entrar y administrarle a la fuerza los barbitúricos al jefe, ya que también se ha comprobado que él no los compró en ningún sitio de los alrededores.

—Muy bien. ¿Qué más? Vamos, vamos, yo soy capaz de aguantarlo todo, Simón.

—Encontraron una pequeña caja fuerte debajo del piso —se mostró reacio el hombre de la CIA—. Naturalmente, la abrieron. Dentro había dinero, documentos personales del jefe, algunos recuerdos de hace años, cuando él estaba en plena acción…, y dinero.

—¿Cuánto dinero? —entornó Brigitte los ojos.

—Ciento sesenta mil dólares.

—De modo que nuestro jefe es rico —sonrió ella gélidamente—. Acabe ya.

—También se encontró esto.

Simón sacó un sobre del bolsillo interior y lo tendió a Brigitte. El sobre tenía el membrete de la CIA y, obviamente, había sido utilizado para proteger el papel que había sido encontrado en la caja fuerte de Cavanagh.

En el papel, escrito a máquina, ponía:

> Cavanagh:
>
> Ya no es momento de echarse atrás. Queremos los informes que le pedimos, y será mejor para todos que usted cumpla, como las otras veces. Como comprenderá, no estamos dispuestos a prescindir de un colaborador tan importante como usted dentro de la CIA Tiene sólo veinticuatro horas más.
>
> *Sekreten Polizeiken*

—¿Qué es esto de Sekreten Polizeiken? —murmuró Brigitte.

—Ni idea. Pero, sea lo que sea, la cosa no puede estar más clara para todos.

—¿En qué sentido?

—La Dirección ha puesto el grito en el cielo. Se está procediendo a revisar la cantidad de información que últimamente ha pasado por las manos del jefe, a fin de desvirtuarla, de cambiarlo todo en lo posible. Pitzer ha estado a punto de sufrir un colapso, y el presidente ha reunido su gabinete asesor para ver cuántas cosas pueden cambiar de todo lo que míster Cavanagh ha manejado.

—¿Por qué?

—Porque evidentemente, durante algún tiempo, míster Cavanagh ha estado traicionando a la CIA Y, como es natural, la voz se ha corrido por todo Washington; en los medios oficiales, quiero decir. Hay mucha gente asustada.

—Lo comprendo. El jefe de los servicios de Acción de la CIA sabe muchísimo de todo… y de todos.

—No parece usted muy impresionada.

—Es que no lo estoy en absoluto. Las tonterías jamás me han impresionado, Simón. Todo lo más, me han divertido.

—¿Le parece una tontería… divertida que el jefe sea… un traidor, que haya estado facilitando información a esa Sekreten Polizeiken?

—Es más que una tontería, una completa idiotez. Primero de todo, porque conozco a míster Cavanagh. Segundo, porque me parece que no era tan tonto para estar vendiendo información a alguien, y luego sentir remordimientos y matarse antes de seguir haciéndolo. Está bien, Simón, vaya a descansar unas horas.

—Se ha reunido el Consejo Directivo en la Central. Quieren verla a usted.

—Si quieren verme, que vengan aquí.

—¿Cómo? —Respingó Maxwell.

—Pueden venir a pie o en coche, como gusten.

—Usted no… no entiende… Ellos quieren que… que…

—Lo que quieren esos señores y lo que quiero yo son dos cosas muy diferentes. Vaya a dormir, Simón. Usted me ha dado el recado, ha cumplido… No se preocupe de más. Excepto de una cosa: pase mi orden de que la vigilancia en la clínica se relaje.

—¿Se… relaje?

—Sí. Que la mitad de los agentes encargados de ella se dediquen, junto con los máximos disponibles a intentar averiguar algo sobre esa Sekreten Polizeiken… Supongo que ese nombre también ha corrido por todo Washington.

—Sí… Claro.

—Y nadie sabe nada.

—Nadie. Además, no se ha localizado el idioma utilizado en esas palabras. Es claro que debemos deducir que el nombre significa Policía Secreta, en una mezcla de algunos idiomas centroeuropeos y algo de ruso…

—Muy interesante. Me gustaría que prosiguiesen estudiando la etimología de esas palabras, si es posible.

—Lo están haciendo, sí… ¿De verdad les digo a los de la Junta que… que…?

—De verdad. Procúrese una radio de bolsillo, coloque onda de Alaska, y esté atento a una posible llamada mía.

—Bueno —sonrió de pronto Maxwell—. Estoy seguro de que no van a fastidiarme por seguir órdenes de usted. Si la actuación no fuese tan trágica, casi me reiría.

—Ya reiremos al final.

Simón-Maxwell encogió los hombros y salió del cuarto, cruzándose con una enfermera y el médico de turno. Éste se dedicó a examinar a Cavanagh, mientras la enfermera entregaba a Brigitte una bata de la clínica, que la espía se puso rápidamente, mientras preguntaba:

—¿Cómo está?

El médico demoró su respuesta todavía un minuto. Para entonces, parecía entre contento y perplejo.

—Digamos que sus posibilidades han aumentado. Ahora está muerto sólo en un noventa y ocho por ciento. Es sorprendente… Clínicamente, este hombre debería haber muerto.

—Los espías somos un poco correosos —sonrió Baby—. Se admiten apuestas: mañana estará al veinte por ciento de probabilidades.

—Ojalá —sonrió el médico—. Bien, si necesita algo, la enfermera Wilkins la atenderá.

—Les estoy muy agradecida a todos.

El médico asintió con la cabeza y salió del cuarto y del quirófano. La enfermera se sentó en una silla, al otro lado de la cama, y sonrió a Brigitte.

—¿No cree que debería dormir un poco? —sugirió.

—Buena idea —sonrió la espía.

Se inclinó hacia delante, apoyó los brazos a los pies de la cama de Cavanagh, la cabeza sobre los brazos, y se durmió, para pasmo e incredulidad de la enfermera…, que aún se sorprendió más cuando, tres horas más tarde, pese a parecer profundamente dormida, la señorita Montfort abrió los ojos y se enderezó sin sobresalto ni perturbación alguna tan sólo al oír las batientes de entrada al quirófano desde el pasillo. Batientes que estaban perfectamente engrasadas, y que la enfermera no había oído nunca.

Se quedó mirando a los médicos, y sus ojos, entornados, quedaron fijos en uno de ellos.

—Usted es nuevo.

—Ha regresado esta mañana de Nueva York —informó el

médico jefe—. Ocupará el puesto del doctor Saunders.

—Pero ¿este médico pertenece a nuestra clínica y simplemente ha estado fuera unos días…, o es completamente nuevo aquí?

—Ha estado fuera unos días. Es de la plantilla.

—Está bien. Procedan.

Los tres médicos se dedicaron a atender en un nuevo tratamiento a Cavanagh, mientras el recién llegado de Nueva York, no poco mosqueado, estuvo notando sobre sí en todo momento la fija mirada de la bellísima joven. Cuando terminaron, el médico-jefe movió la cabeza con gesto admirado.

—Si resistiese veinticuatro horas más, se salvará —dijo—. Y no lo comprendo.

—Resistirá.

—¿Y usted? —Sonrió el hombre—. ¿Resistirá?

—Si resiste él, imagínese yo, que estoy en perfectas condiciones. ¿Pueden enviarnos algo de comer?

—El comedor está…

—La señorita Wilkins puede ir allá si quiere. Yo comeré aquí. Un bocadillo que va a prepararme usted personalmente, doctor.

—¿Yo?

—Nadie más que usted, si es tan amable. Y tráigamelo personalmente también.

El hombre sonrió, divertidísimo.

—Lo haré con muchísimo gusto. ¿Le importa que yo me traiga otro bocadillo y una cerveza y hagamos un poco de tertulia?

—Si eso no va a perjudicarlo a él —señaló a Cavanagh—, estaré encantada.

* * *

Durante treinta y seis horas, la señorita Montfort estuvo alimentándose de bocadillos y durmiendo con la cabeza apoyada en los pies de la cama de Cavanagh. Las enfermeras fueron siendo relevadas, bajo su estricta vigilancia, que incluso comenzó a molestarlas a ellas y a los médicos de la clínica. La señorita Montfort no dejaba pasar ni el más pequeño detalle que no estuviese dentro de los límites que ella misma había impuesto. Cualquier persona que entrase allí por primera vez, tenía la

impresión de estar bajo la mirada de un felino dispuesto al salto.

Por fin, a la tercera noche que Cavanagh pasaba allí, ya con un porcentaje elevadísimo de supervivencia, la espera terminó. La tensa espera del felino que no dormía ni comía apenas, tuvo su merecido fruto.

Debían ser cerca de las diez de la noche cuando dos enfermeros, que, por supuesto, Brigitte no conocía, entraron en el quirófano, llevando uno de ellos una cesta de la clínica y el otro un montón de toallas en las manos. Inmediatamente, la señorita Montfort se puso en pie y se acercó a ellos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Sanitarios, señorita. Mañana, este quirófano volverá a estar en servicio cuando el paciente de este cuarto sea trasladado a una habitación, y venimos a dejarlo todo en orden.

—Ya. Está bien, procedan. Señorita Rawlings: ¿quiere venir un momento, por favor? Vamos a estirar un poco las piernas, como se suele decir. Supongo que tiene cigarrillos.

—Sí, desde luego —replicó la sorprendida enfermera.

—Saldremos a fumar al pasillo mientras estos muchachos lo dejan todo en orden.

En verdad atónita ante aquel cambio de actitud en la quisquillosa señorita Montfort, la enfermera aceptó de muy buena gana la oportunidad de caminar un poco y fumar un cigarrillo. Salieron ambas al pasillo, e inmediatamente Baby preguntó:

—¿Conoce a esos dos?

—No…

—Vaya abajo y avise a los agentes de vigilancia que estén atentos. Ahora sí: muy atentos.

—Pero…

—Haga lo que le digo.

La señorita Rawlings se alejó, y Brigitte empujó con gran cuidado ambas puertas del quirófano. Por la estrecha rendija vio a los dos hombres, mirándose. Ambos asintieron con la cabeza, y fueron hacia el cuarto ocupado por Cavanagh. Y apenas estuvieron fuera de su vista, Brigitte entró, sacando su pistolita de debajo de la falda.

Cuando apareció en la puerta del cuarto, uno de los hombres se había inclinado, alzando la pernera derecha de su pantalón. Y allí,

adherido a la pantorrilla con dos gomas elásticas, quedó visible el largo punzón. El hombre lo empuñó y dio un paso hacia el lecho de Cavanagh…

Plof, se oyó el suavísimo chasquido de la pistolita de Baby.

La bala dio en la nuca del hombre, que lanzó un gemido brevísimo y cayó de bruces, quedando inmóvil. El otro se había vuelto velocísimamente, y su desorbitada mirada quedó fija en la mujer de los bellísimos ojos; ojos que ahora parecían congelados, y que estaban fijos en él.

—Creí que ya no vendrían —susurró Brigitte—. Y jamás debieron hacerlo. Si han podido entrar ha sido porque yo ordené que la vigilancia se relajase. ¿No pensaron en ello?

El hombre se pasó la lengua por los labios y no contestó. Su mirada fue hacia el quirófano.

—Olvídelo. Jamás saldrá de aquí. ¿Lleva algún arma…, o le pareció una imprudencia, por si los registraban?

—No llevo armas.

—Estupendo. Comience a caminar hacia mí, con las manos en alto. Y despacio… ¿Es usted de esa Sekreten Polizeiken?

El hombre palideció intensamente. Y, de pronto, saltó de cabeza, con toda su fuerza, contra la espía. Baby se limitó a retroceder un paso más de los que esperaba el hombre, cuya cabeza se venció hacia delante… hacia el sitio exacto y adecuadísimo para que Baby le golpease con la pistola, derribándolo de bruces. El hombre lanzó un alarido, rodó hacia un lado, y comenzó a ponerse en pie.

También su postura pareció perfectamente calculada por Baby, que actuó sin compasión alguna, con terrible ferocidad, propinándole al falso sanitario un puntapié en plena boca que le partió varios dientes y la reventó en un surtidor de sangre… De nuevo rodó el hombre por el suelo, chillando, salpicando sangre a todos lados… Pero la pantera no tuvo piedad alguna.

Lo siguió, y volvió a golpearlo con el pie, ahora en el estómago. El hombre ni siquiera pudo gritar esta vez. Quedó crispado, con la destrozada boca abierta, los ojos fuera de las órbitas, el rostro lívido…

Y, la pantera lanzó su último zarpazo. Otro puntapié, ahora por un lado, que acertó al sujeto en la base del cuello y lo fulminó definitivamente.

Cuando varios agentes de la CIA aparecieron segundos después en el quirófano número 2, la señorita Montfort estaba contemplando fríamente al ensangrentado sanitario. Y cuando miró a sus compañeros de espionaje, incluso éstos tuvieron que sentir como una corriente de frío en todo su cuerpo.

—Llévense al depósito al muerto. Y a éste —señaló al que se había atrevido a pelear con ella— colóquenlo en la camilla del quirófano. Vamos a ver si tengo talento para dedicarme a la cirugía… Lo quiero bien sujeto, que no pueda mover ni un dedo. ¿Alguno de ustedes los vio entrar en la clínica?

—Yo vi a uno de ellos —dijo segundos después uno de los agentes que se estaban haciendo cargo del muerto, señalando a éste —. Hace casi media hora de eso. Pero usted había ordenado que…

—Lo sé, Simón. Y ustedes lo hicieron bien. ¿Llegó a pie?

—Sí.

—En cuyo caso no deben tener el coche muy lejos… Quiero que algunos de ustedes busquen ese coche. Vayan con mucho cuidado, porque puede haber otros hombres en él. Cuando les parezca que han encontrado el coche, simplemente vuelvan aquí, para decirme dónde está.

—¿Sólo eso?

Sólo. Y asegúrense de que si hay alguien en ese coche no pueda verlos a ustedes. Lo único que quiero es saber dónde está el coche. Háganlo todo con discreción. Si alguien está vigilando la clínica no tiene que notar nada anormal.

—Entendido.

Dos de los agentes cargaron con el muerto y salieron del quirófano con los demás, excepto dos, que se quedaron sujetando al hombre desvanecido al quirófano. Cuando terminaron, miraron a Baby, que asintió con la cabeza y fue hacia una de las vitrinas llenas de frascos. Estuvo examinando éstos hasta encontrar el que buscaba. Lo tomó, se acercó al prisionero y le puso bajo la nariz el frasco, ya destapado.

El hombre se agitó, abrió los ojos, murmuró algo, y pareció dispuesto a incorporarse, sin conseguirlo, naturalmente. Entonces miró sus brazos y piernas, sujetos por las correas a la camilla, y, por fin, se dio cuenta de que junto a él había dos hombres, mirándole con hostilidad. Volvió la cabeza hacia el otro lado, y en su

ensangrentado rostro apareció una crispación al ver a la hermosa mujer de los ojos azules.

Ella le estaba mirando inexpresivamente. Fue a dejar el frasco, abrió otra de las vitrinas y tomó un bisturí, que relució intensamente a la luz del quirófano. Volvió junto a él y, con exquisito cuidado, colocó el filo del bisturí sobre su pómulo derecho… El hombre no notó nada, realmente. Pero en seguida se dio cuenta de que el pómulo estaba sangrando, y palideció aún más.

—Sólo estaba probando el filo del bisturí —dijo la mujer que le había vencido con tanta facilidad—. Y parece que está en muy buenas condiciones. Ahora quiero que sepa algo: yo jamás me he detenido ante nada. ¿Lo entiende?

El hombre tragó saliva, miró a los dos agentes de la CIA, de nuevo a la mujer, y palideció completamente.

—Yo creo que sí me ha entendido —siguió ella—. Por lo tanto, las cosas pueden ser fáciles o difíciles para usted. Lo más fácil es contestar a mis preguntas. Lo difícil es negarse a hacerlo, en cuyo caso voy a empezar por mi cuenta un curso completo de cirugía casera. Y se lo advierto: no estoy bromeando.

* * *

El hombre que estaba sentado en el asiento de atrás del coche miró su reloj de esfera luminosa, y murmuró:

—Hace más de una hora que ellos entraron ahí… Están tardando demasiado.

El que estaba al volante se volvió hacia él.

—El asunto no es fácil —recordó—. Ese Cavanagh debe estar muy bien vigilado. La CIA no puede resignarse a perderlo ahora que han encontrado la nota y el dinero y saben…, mejor dicho, creen que él estaba cometiendo traición. Harán lo imposible por conservarle la vida, aún más que antes, para que les diga cuánta información y de qué clase nos ha estado pasando.

—Si ese hombre se salva nos vamos a ver en apuros. Naturalmente, lo diría todo, y mucho me temo que le creerían… Hemos arriesgado ciento sesenta mil dólares en esto, pero si él sigue con vida… Maldita sea, no comprendo cómo no murió con los barbitúricos. Se los hicimos tragar todos, lo estuvimos sujetando

hasta que comenzó a agonizar, prácticamente. ¿Cómo demonios pudo salvarse?

—Sabemos muy bien que uno de sus hombres llegó a la casa, y lo encontró a tiempo.

—¡A tiempo…! Ese hombre es un animal… ¿Cómo ha podido conservar la vida después de ingerir todo un tubo de barbitúricos como aquéllos? Tiene que ser fuerte como un animal, como un elefante…

—Lo encontraron a tiempo, eso es todo. Debimos quedarnos más tiempo con él, hasta asegurarnos de que… ¡Ahí vienen!

—¡Pon el coche en marcha! —exclamó el otro—. ¡Parece que tienen dificultades!

El del volante obedeció: El otro sacó la pistola, bajó el cristal de la ventanilla, y gritó:

—¡Aquí! ¡Corred!

La indicación no era necesaria, porque los dos hombres que parecían enfermeros corrían a toda velocidad hacia el coche. Estaban a menos de cuarenta yardas de éste cuando, tras ellos, por entre los pinos, comenzaron a brillar los fogonazos de numerosos disparos…

Uno de los hombres que corrían lanzó un chillido, alzó ambos brazos y cayó hacia delante, rodando varias veces sobre si mismo, hasta quedar inmóvil. El otro pareció tropezar, cayó de bruces, y se puso de nuevo en pie. Cuando siguió corriendo, parecía que fuese arrastrando la pierna derecha… Para entonces, no menos de ocho o diez hombres habían aparecido detrás de los dos, también corriendo y sin dejar de disparar.

—¡Los han descubierto! —Gritó el del asiento de atrás—. ¡Arranca!

—Pero si los atrapan vivos…

—¡Arranca!

El del volante obedeció. Y al mismo tiempo que el coche comenzaba a moverse, el hombre que corría arrastrando su pierna derecha comenzó a aullar y se detuvo como si hubiese chocado con una pared. Se llevó las manos a la espalda, dio unos pasos inciertos, como en extraña y grotesca danza, y de pronto cayó fulminado.

Por detrás de él, el grupo de ocho o diez hombres estaban gritando algo, organizando el gran jaleo en aquel silencioso y

tranquilo lugar. El coche rodaba ya hacia el cercano camino cuando los disparos comenzaron a ser dirigidos hacia él. El cristal de atrás saltó en miles de diminutos fragmentos, que brillaron en la oscuridad como pequeñas piedras preciosas. Y la carrocería del coche vibró al recibir numerosos impactos…

Pero, fatalmente para el grupo de agentes de la CIA, el coche pudo escaparse, dando bandazos y rebotando sobre el ondulado terreno hasta llegar al camino. Una vez allí, en pocos segundos se puso completamente fuera del alcance de los hombres de la CIA, que habían llegado a pie tras los dos fugitivos.

Capítulo IV

La noticia no pudo ser silenciada, cuando menos, en los círculos importantes de Washington. Al parecer, los esfuerzos de la CIA por conseguirlo fueron inútiles: dos noches antes, dos hombres habían conseguido introducirse en la clínica donde el hasta entonces jefe del Grupo de Acción de la CIA, Cavanagh, había estado luchando entre la vida y la muerte, muerte que él mismo había querido provocar; los dos hombres habían llegado hasta Cavanagh, lo hablan rematado, según se decía acuchillándolo, y se habían apresurado a huir; pero, a poco de salir de la clínica, uno de los hombres de la CIA de vigilancia se había fijado en ellos, les había dado el alto, y ambos habían echado a correr. El agente de la CIA había dado la voz de alarma, y en el acto aparecieron varios más, que persiguieron a los dos hombres hasta cerca de un coche, que, evidentemente, los estaba esperando en el campo, no muy lejos de la clínica; en aquel lugar, los agentes de la CIA comprendiendo que aquellos dos sujetos podían escapárseles, habían comenzado a disparar, matando a los dos fugitivos que habían rematado a Cavanagh. Pero el coche que los había estado esperando había conseguido huir.

Eso era todo, comentado con más o menos ingenio y más o menos detalles «fidedignos».

Y mientras escuchaba a su informante en uno de los pasillos del Capitolio, el apuesto senador Wayne T. Madison movía la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Es una historia triste —musitó—. Triste y lamentable.

Su interlocutor se quedó mirándolo medio sorprendido, medio irritado.

—¿Triste y lamentable? —Gruñó—. Bueno, yo diría que es una historia ejemplar, Madison.

—En su desenlace, posiblemente. Pero yo me refiero a sus

orígenes. Lo triste y lamentable es que haya llegado a cometer traición un hombre colocado en la posición de Cavanagh. Cuando suceden esta clase de cosas, uno se pregunta adónde vamos a llegar, de quién se puede uno fiar… Y la conclusión es desalentadora.

—Ah… Sí, eso sí. Estamos de acuerdo, vistas las cosas de ese modo. En cuanto a mí, al decir que era una historia ejemplar, me refería a lo sucedido a Cavanagh. No sé qué demonios será eso de la Sekreten Polizeiken de la que todo el mundo habla, pero, al menos, ha demostrado ser efectiva. En la problemática de que Cavanagh pudiese hablar demasiado si conseguían salvarlo, decidieron eliminarlo… Les ha costado dos hombres, pero lo han conseguido. En fin, las cosas están al rojo vivo en Washington. Ya teníamos lo de la nueva escalada en Vietnam, lo del bloqueo…, y ahora sale esto de la Sekreten Polizeiken. Ya veremos en qué acaba todo.

—Me imagino que la CIA hará todo lo posible por resolver este asunto. Parece un juego de chiquillos…, si no fuese por esas muertes, claro. Bueno, Waldon, va a perdonarme usted, pero tengo un poco de prisa. Han venido algunos representantes de mi Estado a pedirme que yo pida algo al Senado.

—Todos están siempre pidiendo algo —sonrió el otro—. Hasta la vista, Madison.

—Adiós.

Waldon se alejó, y Wayne T. Madison encendió un cigarrillo antes de dirigirse a la salida. Era un hombre alto, atlético, de unos cuarenta años, muy elegante y sobrio, increíblemente apuesto y no menos atractivo, con sus canas en las sienes, su rostro bronceado, sus ojos claros, su recia mandíbula…

Estaba ya cerca de su coche cuando, de pronto, una muchacha rubia y de ojos oscuros apareció de súbito ante él, muy cerca, entre otros dos coches, y se quedó mirándolo fijamente. Madison respingó, y en seguida desvió la mirada… Cosa un tanto sorprendente, ya que la muchacha era digna de la máxima atención por parte de cualquier hombre: más bien alta, de cuerpo esbelto y magnífico, elegante, tenía además un rostro bellísimo…, aunque parecía un tanto crispado, como torturado, si se prestaba la debida atención.

Atención que Wayne T. Madison no parecía dispuesto a prestarle, ya que casi corrió hacia su coche, esquivando a aquella

preciosidad. Se metió dentro a toda prisa, y, antes de que ella consiguiese llegar, partió velozmente.

La muchacha quedó como clavada en el suelo. Luego, sus hombros se abatieron y, lentamente, comenzó a caminar hacia la avenida…, observada desde lo alto de la escalinata por un hombre que sí parecía prestarle su máxima atención, fruncido el ceño, alerta la mirada.

Cuando ella llamó un taxi, el hombre descendió a toda prisa la escalinata, llamó otro taxi y señaló el coche de la muchacha…

* * *

—Eso fue hace dos días —informó el hombre—. Y a partir de ahí, fue cuando comencé a interesarme por ella, señor Kubiken. Por eso le envié el nombre de la chica, para que usted la investigase por medio de sus canales de información… ¿Ha conseguido saber algo de ella?

Tras la pregunta, el hombre que se había ocupado de la bella muchacha rubia se quedó mirando atentamente, un poco impresionado, a su visitante. Y había motivos para sentirse impresionado.

Oskar Kubiken tenía unos cuarenta y cinco años, era alto y fuerte, de hombros anchísimos, poderosos. Sus manos, aunque bellas, eran enormes, fortísimas. Llevaba un jersey de hilo, de cuello alto, y, bajo la chaqueta, el pecho parecía ir a reventar de un momento a otro ambas prendas. Pero lo más notable de Oskar Kubiken era su cabeza, redonda a la máxima perfección. Llevaba los rubios cabellos muy cortos, como un cepillo, de modo que quedaban plenamente visibles las orejas, grandes y carnosas. Su mandíbula sobresalía vigorosamente, su boca era un corte seco y grande en ella. Nariz grande y ancha. Pero, sobre todo, los ojos de Oskar Kubiken… Eran grandes, de expresión inteligente, y tan claros que parecían de cristal. Mirar aquellos ojos era como mirar al fondo de sendos pozos en cuyo profundísimo final hubiesen dos charcas de aguas transparentes e iluminadas. Cuando Oskar Kubiken se sentía amable, aquellos ojos eran, simplemente extraordinarios. Cuando no se sentía amable, resultaban estremecedoramente helados, inquietantes casi aterradores.

Pero, afortunadamente para el hombre, en aquella ocasión Oskar Kubiken se sentía más bien amable.

—Has trabajado bien, Jarvis, muy bien —elogió—. Naturalmente, he conseguido información sobre esa chica. Pero oigamos antes qué más cosas pasaron.

—Sí, señor. Bien… ella se fue con el taxi a un hotel barato, donde está alojada con el nombre de Margie Jones, que ya facilité en mi informe. Procede del Estado representado por el senador Wayne Terence Madison, y en ese sentido yo no he podido saber nada más…

—Yo, sí. Continúa.

Ella se fue a su hotel. Estuvo allí hasta las cinco o las cinco y cuarto, y volvió a salir. Tomó otro taxi, y se hizo llevar al hotel donde está Madison… el «Rose Hotel». Entró, y yo la seguí. Se fue directa a la conserjería, donde la atendieron. Un empleado del hotel llamó por teléfono, luego colgó y le dijo algo a la muchacha… Ella estuvo un poco allí, como paralizada. Luego salió del hotel y se quedó cerca, esperando… Yo comprendí que había querido ver a Madison, pero que éste, o bien no estaba en su habitación, o bien no había querido verla a ella. El caso es que ella esperó. Hacia las ocho salió Madison con otros dos hombres. Ella lo estuvo mirando… Vacilaba mucho. Por fin, cuando Madison se fue con los otros dos sujetos en su coche, ella volvió a su hotel. Y ya no salió hasta el día siguiente, o sea, ayer por la mañana, cerca de las once. Volvió al Capitolio. Madison salió de allí hacia las doce y media, pero esta vez no lo hizo solo, sino acompañado de tres hombres, con los cuales conversaba animadamente… Sin embargo, sé que vio a la muchacha…

—¿Te pareció que él estaba buscándose compañía para que ella no se le acercase?

—Con toda seguridad. Lo juraría, señor Kubiken.

—¿Qué hizo ella?

—Parecía desesperada. Madison se fue en su coche, con los otros tres. Fueron a comer a un restaurante, y a las tres regresaron al Capitolio. Ella estaba todavía allí, esperando… Para mí ya era fácil comprender que él estaba muy nervioso, muy preocupado. Entró en el Capitolio, simulando no verla. Cuando volvió a salir, ella todavía estaba allí.

—¿No fue a comer nada?

—Yo juraría que hace dos o tres días que no come nada. Está demacrada, pálida… Pero es comprensible.

—¿Por qué dices eso?

—Verá… Cuando Madison volvió a salir del Capitolio, ella esperó un poco, y volvió a tomar un taxi. Se repitió lo del día anterior fue al «Rose Hotel», se hizo anunciar a Madison, pero éste tampoco la recibió esta vez. Ella salió, y se fue a su hotel. Hacia las ocho, volvió a salir, y yo decidí no seguirla entonces, sino echar un vistazo a su habitación…

—Espero que harías las cosas debidamente, Jarvis.

—Sí, señor —sonrió éste—. Nuestro entrenamiento en la Sekreten Polizeiken es muy bueno, señor. Nadie me vio entrar en su habitación. Y allí escondido en el fondo de su maleta, encontré un estuche metálico con dos jeringuillas… Esa chica es morfinómana, señor Kubiken. Estoy segurísimo. Salí del hotel y la esperé. Cuando volvió, parecía muchísimo más tranquila, hasta alegre. Se notaba en sus gestos, en sus movimientos… Me parece que debió conseguir morfina en algún lugar de Washington. Subió a su habitación a toda prisa, con los ojos brillantes, radiante… Bajó media hora más tarde y se fue a cenar a un restaurante bastante aceptable. Parecía otra mujer, señor…

—Bien… Parece que tendremos que interesarnos por las relaciones entre esa muchacha y el senador Madison…

—Me parecería muy adecuado. Y como sé que este asunto final suele atenderlo usted personalmente, yo no he hecho nada.

—Muy bien. ¿Y qué ha hecho ella hoy?

—Tampoco nada. No ha… perseguido a Madison. Se ha dedicado a pasear.

—Parece que la relación entre ambos está bien clara, ¿no? Cuando ella necesita morfina, persigue al senador. Cuando tiene morfina, lo olvida… ¿Te parece aceptable esta teoría?

—Sí, señor, desde luego.

Pero, puesto que ella ha encontrado un lugar donde adquirir morfina en Washington, es posible que durante algún tiempo deje de perseguir a Madison… Por lo menos, mientras tenga dinero. Cuando se le termine, quizá vuelva a perseguirlo. Lo interesante es saber sin lugar a dudas si Madison le da morfina o simplemente

dinero… Aunque si ella pudo comprar morfina sin que él le hubiese dado dinero, debemos pensar que ella tiene dinero, pero no facilidades para conseguir morfina, lo que le facilita a esa muchacha es morfina.

—Bueno… Francamente, señor Kubiken, no me convence mucho eso de que un senador se dedique a… vender morfina, la verdad.

—No seas cretino… La cosa no es así de simple. ¿Vamos a pensar que un senador es un vendedor de drogas? Claro que no… Lo que ocurre es que tiene que haber algo personal entre ellos, y no creo ser demasiado imaginativo si supongo que… Bueno, vamos a intentar poner las cosas en claro: no hay que despreciar la oportunidad de conseguir nada menos que un senador para la Sekreten Polizeiken.

—¿Qué ha sabido usted sobre esa Margie Jones, señor?

—Ha estado dos veces en prisión, por escándalo público. Al parecer es… o era una chica alegre, bulliciosa, de las que quieren vivir la vida intensamente en todo momento y desde el principio. Luego, de pronto, al parecer se… calmó, porque comenzó a dejar de frecuentar ciertos lugares y compañías. Pero, inesperadamente, una noche hubo un tremendo escándalo en un chalet de las afueras de su ciudad, y la Policía intervino. La cosa se pone luego confusa. Había, eso sí, varios hombres y mujeres en aquel chalet, pero… se echó tierra al asunto, excepto en lo de las chicas, que fueron detenidas. Sólo que, a las pocas semanas, fueron puestas en libertad, discretamente. Hasta hace dos días, en la ciudad volvió a verse a Margie Jones. Luego desapareció.

—Se vino a Washington.

—Evidentemente. Detrás de Madison, que, por poco que pensemos, tenemos que comprender que no ha sido ajeno a su puesta en libertad.

—Bueno… No sería sorprendente que el senador resultase uno de esos hombres que se buscan diversiones extras, señor Kubiken… Ya me entiende. Es muy posible que uno de los hombres que había aquella noche en el chalet fuese él.

—Parece más que probable. Bueno, vamos a intentarlo… Esté haciendo lo que esté haciendo ahora, la señorita Jones tendrá que volver esta noche a su hotel así que…

* * *

Margie Jones entró en su habitación del modesto hotel, cerró la puerta tras encender la luz, y sonrió de un modo extraño, entre divertida y hostil.

Dejó el bolsito sobre la cama, encendió un cigarrillo y se quedó mirando hacia la puerta. Cuando sonó la llamada a ésta, volvió a sonreír de aquel modo extraño Se descalzó rápidamente, se quitó el ceñido jersey, y fue a abrir, colocándose de nuevo el cigarrillo en los labios.

Sus ojos se abrieron, mostrando sorpresa, al ver a aquel extraordinario sujeto de casi dos metros de estatura y redonda cabeza, que la contemplaba con amable expresión en sus clarísimos ojos.

—¿Señorita Jones? —preguntó él.

—Sí —apareció un destello de alarma en los ojos de ella—. Sí. ¿Qué desea?

—¿Me permite pasar?

—Iba a acostarme…

—La entretendré sólo unos minutos… Y vale la pena se lo aseguro.

—¿Quién es usted?

—No soy de la Policía, ni del FBI, si eso la tranquiliza. Insisto en que nuestras relaciones sólo van a favorecerla.

—Está bien —vaciló ella—. Pase.

Se apartó, él entró, y ella, tras cerrar la puerta, fue a ponerse el jersey, mientras Oskar Kubiken la contemplaba con amabilidad un tanto sarcástica.

—Es usted muy hermosa —susurró cuando ella se hubo puesto el jersey—. Pero soy hombre que sabe dominarse muy bien. Conmigo está a salvo, en ese sentido.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué desea usted? ¿Quién es?

—Soy un hombre que conoce en buena parte su vida, señorita Jones. Claro está, en sólo dos días no se pueden averiguar demasiadas cosas, pero, en este caso, espero que hayan sido suficientes.

—¿De qué está hablando? —Se inquietó ella.

Oskar Kubiken metió la mano en un bolsillo interior de su chaqueta y la sacó con un enorme fajo de billetes de mil dólares, que la muchacha se quedó mirando como alucinada.

—Cien mil dólares, señorita Jones —dijo él— para usted.

—¿Para mí? —exclamó ella.

—Para usted y solamente para usted. Con esta cantidad, me parece que tendrá asegurada su adquisición de morfina para bastante tiempo. Además, si continúa trabajando conmigo, ganará lo suficiente para que jamás vuelva a carecer de ella en el futuro.

—No… no sé lo que usted… está diciendo… Yo no…

—Si usted lo desea, puedo contarle a grandes rasgos su vida, pero le agradecería que me evitase la molestia. ¿Para qué hablar de algo que los dos sabemos perfectamente? Mire, señorita Jones, si yo pretendiese perjudicarla, me habría bastado avisar al FBI de que en cierta habitación de cierto hotel hay una jovencita que tiene una caja con jeringuillas en su maleta… ¿Me comprende? Pero lo que yo deseo es que lleguemos a un buen entendimiento. Y me parece —señaló los billetes, sobre la cama— que lo estoy demostrando.

Margie Jones estuvo unos segundos mirando fijamente al extraordinario sujeto. Luego se sentó en la cama, tomó el fajo de billetes y, tras contemplarlo largamente, volvió a mirar a Kubiken.

—¿Qué quiere de mí exactamente? —susurró.

Oskar Kubiken le tomó de pronto un brazo y le subió rápidamente la manga del jersey. Margie Jones intentó retirar el brazo, pero la fuerza de aquel hombre era incomparable; fue como si ella no hubiese hecho el menor gesto de rebeldía. Y Kubiken señaló los pequeños pinchazos que se veían en la cara interna del codo.

—¿Se ha inyectado hoy? —preguntó.

—No… Puedo… puedo esperar a mañana… Suélteme…

—Quiero que esté en perfectas condiciones cuando realice el trabajo, señorita Jones. Y al decir «en perfectas condiciones» me refiero a que si para hacer lo que tiene que hacer precisa perfecto dominio de sus nervios y eso sólo lo consigue cuando está drogada, yo mismo le conseguiré la droga… ¿Me entiende?

—Sí… Sí, sí, sí… ¡Suélteme! ¡Me hace daño!

Perfectamente —la soltó Kubiken—. Pero esto no es nada comparado con lo que le haría si llegase a jugar sucio conmigo. Si

me obedece, nunca le faltará nada. Si intenta algo diferente a lo que yo le diga…

Capítulo V

Wayne T. Madison cerró los ojos un instante cuando, una vez más, al salir del hotel para ir a cenar, vio delante de la marquesina a la muchacha. Afortunadamente, también una vez más había conseguido compañía que la haría desistir de acercarse a él, tal como había sucedido en las otras ocasiones…

Pero esta vez no fue así.

Esta vez, la muchacha se acercó, con gesto tímido, pero evidentemente resuelta a hablarle. Y mientras él dudaba entre volver a entrar en el hotel, excusándose con cualquier motivo ante sus acompañantes, ella se plantó delante de los tres y dijo:

—Hola, señor Madison.

Wayne Madison se encontró como atrapado, sin saber qué decir. Sus dos acompañantes miraban sonrientes a la bella rubita, y luego, un tanto sorprendidos, a Madison, que parecía petrificado.

—¿No me recuerda, señor Madison? —sonrió la muchacha—. Soy Margie Jones, de…

—Sí… Sí, sí… —exclamó Madison—. La recuerdo, claro.

—Yo… quería decirle algo, señor Madison.

—Bueno, pues… Estoy ocupado, ahora, señorita Jones, así que si tuviese la amabilidad de esperar otro momento…

—De ninguna manera —protestó uno de los amigos del senador —. Vamos, Wayne, no sea descortés por nosotros. Atienda a la señorita. Le esperamos en el coche.

Y sin darle tiempo a reaccionar se alejaron, dejándolos solos en la marquesina. Madison los miró alejarse, como perdido. Luego miró a la muchacha, y su ceño se frunció.

—¿Estás loca? —jadeó—. ¡Hace días que estás rondando por aquí, pero jamás pensé que te atrevieses a…!

—Wayne, te necesito —imploró ella—. ¡Te necesito de verdad, no puedo evitarlo…! He podido encontrar alguien que me ha

vendido una poca estos días, pero se me ha terminado el dinero… He ido a pedirla, pero ya ni siquiera he podido encontrar a ese hombre… ¡Wayne, lo necesito, lo nec…!

—Está bien, cálmate —se alarmó él, pues Margie comenzaba a alzar la voz—. Cálmate, Margie.

—Wayne, he salido de la prisión hace pocas semanas; no tengo dinero, no tengo nada, ni a nadie a quien recurrir… No puedes olvidarme así, no puedes abandonarme ahora… ¡La necesito! Y te necesito a ti… ¡Por favor!

—No puedo atenderte ahora… ¡No puedo!

—¿Cuándo? ¿Cuándo, Wayne?

—No sé… ¡No lo sé!

—Esta noche. Tiene que ser esta misma noche, ya no puedo más… ¡Por favor, por favor, por favor…!

—No puedo conseguir morfina en Washington, Margie.

—Por favor —cerró ella los ojos y su voz fue aumentando de tono, chillona, aguda—. Por favor, por favor, por favor…

—Por el amor de Dios, calla… ¡Cállate!

—Por favor, por favor, por fav…

—¡Está bien, lo intentaré! Pero no ahora mismo… ¡No puedo ahora, Margie!

—¿Cuánto tardarás?

—No sé… Lo menos posible, te lo juro… Pero ahora tienes que marcharte. Te lo suplico, Margie… Vas a estropearlo todo, vas a arruinarme…

—Es que la necesito tanto… Wayne, estoy en el «River View Motel», cabaña número catorce… No quiero perjudicarte, te lo juro, pero necesito eso… ¡Tienes que proporcionármela!

—Te la llevaré —jadeó Madison—. Te la llevaré esta misma noche, Margie.

—¿Esta noche? ¿Esta noche, Wayne?

—Sí… Sí, sí… Tengo que ir a cenar ahora, no puedo evitar este compromiso. Pero cuando termine, buscaré eso, y te lo llevaré inmediatamente.

—Estoy en el «Riv…».

—Ya sé. «River View Motel», cabaña catorce. Estaré allí lo antes posible. Por favor, vete ahora, Margie.

—Está bien —suspiró ella—. Te estaré esperando…

—Sí, de acuerdo… Adiós.

Wayne T. Madison dio la vuelta y fue a reunirse con los hombres que le esperaban en el coche. Margie Jones quedó como clavada al suelo durante unos segundos. Luego, lentamente, comenzó a alejarse del hotel, avenida abajo… Unas ciento cincuenta yardas más allá, se metió de pronto en un coche, quedando sentada junto a Oskar Kubiken. Jarvis arrancó en seguida, alejándose, mientras Kubiken, sonriendo amablemente, daba unas palmadas en una rodilla a Margie.

—Ya… ya está… —dijo ella—. Ha dicho que irá al motel que ustedes querían…

—Lo sabemos… —sonrió Kubiken—. Devuélvame el aparatito.

Margie sacó un pequeño objeto metálico del escote, y lo tendió a Kubiken, preguntando:

—¿Es un… micrófono?

—Un «oído mágico», en efecto —asintió Kubiken—. Gracias a él hemos podido grabarlo todo.

—¿Gra… grabarlo…?

—Sí. Escuche esto.

Le mostró el receptor con grabadora incorporada, y lo puso en marcha, tras recoger la cinta. Inmediatamente, Margie Jones comenzó a oír su propia voz:

—Hola, señor Madison.

—¿No me recuerda, señor Madison?

—Sí… Sí, sí… —Se oyó a Madison—. La recuerdo, claro.

—Yo… quería decirle algo, señor Madison.

—Bueno, pues… Estoy ocupado ahora, señorita Jones, así que si tuviese la amabilidad de…

Después de esto, mientras el coche circulaba Margie Jones fue escuchando el resto de la conversación sostenida entre ella y el senador Wayne T. Madison. Cuando terminó, Kubiken detuvo la marcha del aparato y volvió a mirarla, sonriente.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—No sé. Esto es… es cosa de espías, o algo… algo así…

—Algo así —rió él—. Bien, ahora sólo tiene que ir al motel donde la llevaremos esta mañana, y esperarlo en la cabaña que

tomó a su nombre, señorita Jones. Es decir, la vamos a llevar nosotros… La dejaremos cerca, y usted llegará a pie. Luego, deje la puerta abierta, pues Jarvis deberá entrar allí para efectuar las últimas instalaciones. Terminará mucho antes de que el senador haya cenado, y la dejaremos sola. Aunque no estaremos muy lejos, y, por si le interesa, sepa que estaremos viendo y oyendo todo lo que ustedes hagan y digan.

—¿Nos estarán… viendo y oyendo?

—Eso he dicho. Por lo tanto, cíñase a su cometido con el máximo entusiasmo posible. Recuerde: tiene que hacerlo todo de modo que resulte absolutamente perfecto.

—¿Cuándo me dará el dinero y… lo otro?

—El dinero se lo daré cuando haya terminado su trabajo. Lo otro será mejor que no. El senador le va a conseguir algo de morfina, ya lo verá, y es conveniente que la encuentre esperándola.

—Es que… ya empiezo a necesitarla…

—Mejor. Así, su actuación será perfecta en todo momento. Tranquilícese. Dentro de pocas horas, todo habrá terminado, y usted tendrá cien mil dólares… Y si me gusta su modo de hacer las cosas, seguirá conmigo, ganando bastante dinero.

—Yo… yo lo haré… lo mejor que pueda…

—Así lo espero… por el bien de todos. No estamos acostumbrados a fracasar, señorita Jones.

—¿A quiénes se refiere?

—Usted limítese a hacer su parte. Y no olvide ningún detalle.

* * *

No había olvidado ningún detalle. Todo estaba perfectamente preparado, así que cuando sonó la cautelosa llamada a la puerta, Margie fue a abrir, cubierta solamente con un cortísimo salto de cama cuya transparencia era prácticamente total.

—¿Quién es? —susurró.

—Abre. Soy Wayne.

La muchacha abrió la puerta y Wayne T. Madison entró, cerrando rápidamente tras él. Luego miró a Margie y se pasó la lengua por los labios. Estaba bellísima…

—¿Lo traes? —jadeó ella—. Wayne, ¿lo traes?

—Sí.

Le tendió un pequeño paquete, que ella tomó con manos temblorosas. Echó a correr hacia el dormitorio, y Wayne Madison la siguió, lentamente. Cuando entró él, Margie tenía sobre la cama el estuche metálico de las jeringuillas, de las cuales había tomado una… Le temblaban tanto las manos que cuando sacó una de las pequeñas ampollas del paquete proporcionado por Madison, casi le cayó al suelo… Madison se le acercó por detrás y le puso las manos en los hombros.

—Cálmate —susurró—. Cálmate, Margie… ¿Quieres que yo te la prepare?

—Sí… ¡Oh, sí, por favor, por favor…!

—Bueno —sonrió él—. Tranquilízate. No me gusta que me hayas seguido hasta aquí, pero, ya que lo has hecho, no veo motivos para no celebrarlo… Como siempre, Margie, ya sabes…

—No… ¡Ahora, no! ¡Luego!

—No, no, no, querida mía… Mientras yo preparo esto, tú puedes empezar. Como siempre, recuerda. Y esta vez será mejor, ya que estamos solos, no como allá, que siempre nos reuníamos varios… La soledad de dos es deliciosa y…

—¡Wayne, no puedo más!

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí… ¡Sí, lo haré…! ¡Lo haré!

Se quitó el salto de cama y quedó ante él, mirándolo ansiosamente. Wayne Madison volvió a sonreír, se acercó y la besó en un hombro…

—Wayne —gimió ella—. ¡Wayne, luego…!

—Está bien —se apartó de ella y comenzó a preparar la jeringuilla con la morfina—. Y al final tenemos que hablar muy seriamente, Margie. Has estado en prisión, y alguien podría reconocerte si nos viesen juntos. La última vez, os sacamos de allí a ti y a las otras chicas, pero fue con la condición de que debíais iros muy lejos. Así que no me ha gustado que me siguieras a Washington… Tienes que comprenderlo, amor. Ya fueron demasiados escándalos, y si la cosa continuase, podría terminar mal para mí… Muy mal. Un senador comprometido con un grupo de chicas como tú, entre las cuales había menores de edad, y las cosas que hacíamos… Y las drogas. ¿Comprendes que eso sería terrible

para mí y para algunos de mis amigos, Margie?

—Sí… —jadeó ella—. ¡Sí, lo comprendo! Wayne, por Dios…

Ya está —él se volvió y le tendió la jeringuilla llena—. Con calma, amorcito.

Margie tomó la jeringuilla, sollozando, y, de pronto, con pulso firme, clavó la aguja en el antebrazo. Cerró los ojos, y unas gotitas de sudor aparecieron en su frente. Wayne T. Madison se colocó tras ella y la abrazó por la cintura, fuertemente, besándola de nuevo en los hombros, en la nuca, musitando…

—Todo va bien, pequeña, todo va bien… Despacio… Pronto estarás más tranquila. Y será gracias a mí, como tantas veces. Espero que sepas ser tan agradecida como siempre, mi pequeño amor… ¿Ya estás? Ven, tiéndete…

La llevó hacia la cama y la tendió. Margie Jones quedó boca arriba, inmóvil, con los ojos cerrados. Todavía había una angustiosa crispación en su rostro, pero, poco a poco, fue desapareciendo, hasta que, completamente relajadas las facciones, fue apareciendo en ellas una expresión de éxtasis, de dulzura… Cuando abrió los ojos y miró a Wayne Madison, la muchacha sonrió deliciosamente.

—Wayne… —murmuró—. Wayne…

Él se tendió a su lado, acariciándola, sonriendo.

—Bueno, bueno… Todo está bien ahora, ¿no es cierto, mi pequeña?

—Sí, Wayne. ¡Oh, cuánto siento haberte molestado! Pero tenía tanta necesidad de ti…

—¿De mí… o de la morfina?

—De las dos cosas —murmuró ella dulcemente.

—Ah… Bueno, puesto que una de ellas ya la tienes, vamos a…

—Levántese —dijo una voz de hombre tras ellos.

Wayne T. Madison respingó fuertemente y salió de la cama de un salto. Con ojos desorbitados, se quedó mirando al hombre que, en la puerta del dormitorio, le estaba apuntando con una pistola. La impresión fue tal que se quedó sin palabras, incapaz de reaccionar en sentido alguno. En cambio, Margie Jones salió rápidamente de la cama, fue al armario, sacó una bata y se la puso. Sólo entonces se volvió hacia Madison, que continuaba petrificado, demudado el rostro.

—¡Cerdo maldito! —le gritó—. ¡Tú y otros como tú sois unos

malditos cerdos! ¡Tanta respetabilidad y sólo sois unos canallas, unos malditos indecentes que…!

—¿Qué es esto? —jadeó Madison de pronto—. ¿Qué significa esto, Margie?

—¡Cerdo, cerdo, cerdo…!

El senador apretó los puños y dio un paso hacia ella. Pero Jarvis caminó tras él y le golpeó con la pistola en los riñones, fuertemente. Madison se curvó hacia atrás, con la boca abierta, sin respiración. Un segundo golpe, en el mismo sitio, lo derribó, privado del conocimiento.

Jarvis guardó la pistola y dirigió una hosca mirada a la muchacha, que había palidecido.

—Recoja sus cosas. Nos iremos de aquí ahora mismo.

—Sí… Sí, sí…

Y mientras ella metía sus cosas en la maleta, sin olvidar la morfina que quedaba en el paquete proporcionado por Madison, Jarvis fue a un rincón de la habitación y, de encima de la barra que sostenía las cortinas, retiró la cámara cinematográfica, que todavía estaba funcionando. La paró y se quedó mirando a Margie, hasta que ésta cerró la maleta, y se quedó mirándolo a él, con los ojos muy abiertos.

Entonces, Jarvis sacó la radio de bolsillo, apretó el botón, y dijo:

—Estamos listos, señor Kubiken.

Guardó la radio y salió al pequeño saloncito de la cabaña. Indecisa, Margie Jones salió tras él, llevando su maleta. Jarvis apagó todas las luces y se quedó inmóvil. Apenas medio minuto después, las luces de un coche dieron en una de las ventanas de la cabaña.

—Salgamos —dijo Jarvis.

Delante de la cabaña estaba el coche que Oskar Kubiken había llevado allí. Pero ya había pasado al asiento de atrás, y Margie fue a sentarse a su lado, Jarvis lo hizo ante el volante, y se volvió para tender la cámara a su jefe.

Creo que debimos esperar a que ocurriesen más cosas, señor Kubiken —murmuró—. Por lo que estábamos oyendo, podíamos haber obtenido una filmación tan completa que…

—Habrá suficiente con esto —dijo secamente Kubiken—. Vámonos de aquí.

—Pe-pero ¿y… y Wayne…? —tartamudeó Margie.

—Cuando despierte se apresurará a regresar a su hotel —dijo Jarvis—. No le ocurrirá nada… por el momento. ¿Acaso le preocupa eso?

—No… ¡Ojalá se muera! Pero no quisiera que la Policía me buscase. Me vieron hablando con él delante del hotel, me han visto algunas personas del motel…

—No se preocupe por nada. Vamos allá, Jarvis.

—¿Con ella? —Pareció sorprenderse Jarvis; de pronto sonrió aviesamente—. Bueno, ¿qué más da realmente?

El coche estaba saliendo del motel, y Margie miró a Oskar Kubiken, asustadísima.

—¿Qué… qué ha querido decir él…?

—Nada importante. Simplemente, que confiamos en ti. Vamos a esperar a ver la película, pero me parece que resultará perfecta… ¿Qué te pasa?

—Tengo… tengo un poco de frío… Sólo llevo la bata.

—Pues abrígate más.

—Sí… Sí.

El coche en marcha. Margie abrió la maleta, sacó algunas prendas y se quitó la bata. Sentado junto a ella, Oskar Kubiken la miraba inexpresivamente mientras ella se iba vistiendo completamente. Cuando terminó, Margie lo miró y sonrió tímidamente.

También Oskar Kubiken sonrió, un tanto rígidas sus facciones. Y su voz sonó ronca:

—Eres muy hermosa, Margie…

* * *

Media hora más tarde, Jarvis detenía el coche delante del edificio situado en el centro de una quinta llena de espesos grupos de pinos, hasta el punto de que la casa aparecía de pronto entre éstos. Una casa grande, blanca, que Margie Jones pudo ver un instante cuando Jarvis lanzó las luces del coche hacia ella.

Segundos después se encendió la luz del gran pórtico con columnas, y un hombre apareció allí tras abrir la puerta.

—Todo bien —dijo Jarvis.

—Naturalmente. Vamos, Margie. Lleva la maleta de ella, Jarvis.

—Sí, señor.

Kubiken y Jarvis salieron del coche. El primero se volvió, hacia Margie, para tomarla de un brazo, y el segundo sacó la maleta de ésta. Miró indeciso hacia Kubiken y Margie, que caminaban hacia la casa…

—Señor Kubiken —llamó.

—¿Qué pasa? —Se volvió éste.

—Quisiera decirle algo, señor.

Kubiken regresó y se lo quedó mirando, fruncido el ceño. Margie se había detenido, esperando a Kubiken, que masculló:

—¿Y bien?

—¿Quiere que yo me encargue de ella, señor?

—No.

—Bueno, no creo que usted deba molestarse por tan poca cosa. Es sólo una mujer. Puedo matarla ahora mismo y llevármela con el coche a un lugar conveniente, donde…

—He dicho que no.

—Pero… Señor Kubiken, nadie ajeno a la Sekreten Polizeiken ha estado nunca en esta casa, y si ella…

—¿Pretendes decirme lo que debo hacer?

—No —palideció Jarvis—. No, señor, no.

Entonces, haz lo que digo yo. Lleva la maleta de ella a la casa, y ocuparos en revelar esa película. Quiero verla en cuanto esté terminada. Así que me llamáis. Estaré en el dormitorio-*suite* de arriba, con ella.

—¿Con la chica?

—¿Te parece mal?

—Pues… No. No, señor —sonrió Jarvis—. Oh, entiendo. Bueno, siempre hay tiempo para hacerla callar para siempre. En cambio, si la matásemos ahora… Sí, señor entiendo —volvió a sonreír.

—Eres un tipo listo —sonrió también Oskar Kubiken.

Jarvis miró hacia la muchacha que esperaba, y sonrió significativamente.

—Más listo es usted, señor. Que se divierta… Le avisaremos en cuanto la película esté preparada para proyección.

Capítulo VI

La película terminó, y uno de los hombres de la quinta encendió la luz del salón. Luego todos se quedaron mirando expectantes a Oskar Kubiken. Pero, contra lo que solía suceder, Kubiken no sonreía sarcásticamente esta vez, sino que su expresión parecía más bien sombría.

Había en total seis hombres, contando a Jarvis. Y hubo un intercambio de miradas entre ellos hasta que uno murmuró:

—A mí me parece un material excelente, señor Kubiken.

Éste lo miró, y la expresión de sus ojos varió de pronto.

—Lo es, desde luego, Romar. Obtened las copias de costumbre para archivo y envío al interesado… Tú te encargarás de eso, Jarvis, puesto que ya te conoce. No hay por qué presentarle a más miembros de la Sekreten Polizeiken.

—Lo haré con mucho gusto, señor —sonrió Jarvis—. Y ese senador tendría que estar loco para permitir que nosotros enviásemos una copia de esto a la Casa Blanca, por ejemplo. Hará todo lo que nosotros le pidamos, como los otros. Afortunadamente, el mundo está más que podrido… Afortunadamente para nosotros, claro.

—¿Habéis llamado al helicóptero? —asintió Kubiken.

—Estará aquí muy pronto. Seguramente, antes del amanecer.

—De acuerdo. Regresaré a la base. Vosotros seguid adelante con vuestras operaciones respectivas… Por cierto, Jarvis —lo miró con gran amabilidad—, puedes empezar a contar con la prima correspondiente al senador Madison: a final de mes recibirás los cinco mil dólares extra.

—Muchas gracias, señor Kubiken.

—Aquí nadie da las gracias —sonrió éste—. Has trabajado bien, has demostrado estar atento a tu trabajo específico y, por tanto, te has merecido la prima, eso es todo. Seguid vigilando todos… La

Sekreten Polizeiken va siendo más y más numerosa, pero de nada serviría ser muchos si no estuviésemos atentos. Nuestra labor específica consiste en encontrar personajes importantes de la política norteamericana que estén comprometidos en algo, investigarlos a todos, no perdernos detalle de todo lo que hagan… Eso será nuestra fuerza en el futuro.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor? —murmuró Varzos.

—Desde luego.

—¿Realmente convenía mencionar a la Sekreten Polizeiken con el asunto de ese jefe de la C I A? Me refiero a la nota que colocamos…

—Ya entiendo. Bien, Varzos, la pregunta es interesante, y creo que voy a poder darte una respuesta convincente… Lo peor de este caso concreto ha sido la inversión de ciento sesenta mil dólares para convencer a la CIA de que ese Cavanagh estaba… asociado a nosotros. Ahora bien, podíamos haber hecho eso sin necesidad de mencionar a la Sekreten Polizeiken, desde luego… Aparentemente habría bastado convencer a muchas personas de que Cavanagh estaba traicionando a la CIA fuese con quien fuese. Sin embargo, nosotros hemos buscado provocar con la mención de nuestra organización una especie de… coacción moral sobre los hombres que ya están bajo nuestra dirección. Algunos de los que ya están hace tiempo en el caso en que se encontrará pronto el senador Madison, quizá estén empezando a pensar en la posibilidad de hacer caso omiso a nuestras órdenes. Pero, de pronto, un jefe de la CIA se suicida… aparentemente. Por las circunstancias fue necesario intervenir directamente, matándolo en la clínica y perdiendo dos hombres en esa operación. Evidentemente, esa intervención directa puede haber hecho comprender a muchos que el suicidio de Cavanagh fue preparado… Pero lo importante es que ha quedado demostrado que él se negó a seguir colaborando con la Sekreten Polizeiken, y que ésta no lo ha consentido de ninguna manera… Lo han matado, de un modo u otro, y ha dejado al descubierto que había estado traicionando a la CIA, ha manchado su nombre, ha anulado la buena labor que durante tantos años estuvo realizando para Estados Unidos… Muerto y deshonrado. Yo creo que es una buena advertencia para todos…, y que todos deben saber que así opera la Sekreten Polizeiken con quienes se rebelan.

—Convencido, señor —sonrió Varzos.

—Pero —intervino otro— nosotros sabemos que ese Cavanagh jamás trabajó para nosotros.

—Nosotros sí lo sabemos —sonrió fríamente Kubiken—, pero nadie más. Para todos, Cavanagh estuvo trabajando para la Sekreten Polizeiken. Así lo preparamos, para ocasionar desmoralización y dar un ejemplo de lo que podía ocurrir a quien pretendiese rebelarse. Ahora, con la muerte de ese hombre y la acusación de traición que pesa sobre él, nadie se desmandará. Tienen que haber comprendido que si lo hacen morirán y sus nombres pasarán a las listas de traidores. Tienen mucho que perder y nada que ganar. Así que seguirán bajo nuestro chantaje, seguirán bajo mis órdenes… hasta que llegue el momento.

—¿Cuándo llegará ese momento… y qué es lo que pretendemos exactamente? —preguntó Romar.

El momento aún tardará —le dirigió Kubiken una fría mirada—. Sí, aún tardará. Y lo que pretendemos es tan importante que por el momento es mejor que lo ignoréis.

—Hay otra cosa que no comprendemos —dijo otro—: tenemos ya a muchos importantes políticos en situación comprometida, podemos disponer de ellos gracias a nuestro chantaje. Sin embargo, no les hemos pedido nada, no hemos sacado de ellos ni un solo dólar…

—No es dinero lo que falta en la Sekreten Polizeiken —casi rió Kubiken—. Y, por supuesto, no es dinero lo que buscamos. Seguid adelante, y cuando llegue el momento, lo sabréis todo. Pero estad bien seguros de esto: el proyecto es de tal envergadura que cada uno de nosotros, los que hemos empezado y los que sigamos cumpliendo adecuadamente las órdenes, podremos considerarnos reyes.

—¿Reyes? —Sonrió Jarvis—. Reyes… ¿de qué?

Oskar Kubiken sonrió prietamente, relucientes sus ojos que parecían de cristal.

—Seguid con lo vuestro… —musitó—. Yo estaré arriba esperando el helicóptero para volver a la base.

Y sin más explicaciones abandonó el salón. Subió al piso donde estaban los dormitorios, y entró en el más grande y lujoso. Sin encender la luz, llegó a la cama y se quedó mirando a Margie, que

parecía dormir apaciblemente, a juzgar por la respiración, lenta, profunda, acompasada. Veía solamente el contorno de su rostro y la gran mata de rubios cabellos extendida sobre la almohada. Kubiken encendió la luz de la mesita de noche, sin dejar de mirar a la muchacha, que continuó sumida en el más profundo y dulce sueño.

Había una sonrisa en sus sonrosados labios casi infantiles, un poco entreabiertos. Una sonrisa de confiado abandono. Kubiken puso la yema de un dedo sobre el hoyuelo alargado verticalmente que Margie tenía en la barbilla, y apretó un poco, pero ella no se enteraba de nada.

—Será mejor así… —susurró Kubiken—. Del sueño a la muerte. Nunca te olvidaré… pero no puedo hacer otra cosa…

Sus grandes manos se cernieron sobre el rostro de Margie. Los largos y fortísimos dedos rodearon la delicada garganta, de piel suavísima, dorada… Hecha de cristal y de sol.

Los fuertes dedos se crisparon en el principio del feroz apretón que tenía que poner término a aquella vida.

Y entonces ella abrió los ojos, de pronto. Kubiken quedó inmóvil, como petrificado. Ella le miró desconcertada un instante, y en seguida sonrió dulcemente, alzó los brazos y rodeó el cuello del hombre.

—Oskar… —susurró—. Existes realmente…

—Sí… —Parpadeó él—. Existo realmente.

—Estaba soñando contigo… Y me sentía tan feliz, Oskar… Pero ahora aún me siento más feliz, porque no ha sido un sueño lo de esta noche… —De pronto se alarmó graciosamente, abriendo mucho los ojos—. ¿O sí ha sido un sueño?

—No… No ha sido un sueño.

Ella suspiró profundamente. Luego tiró de él con suavidad y lo besó en los labios. Después, murmuró con los labios tan cerca de él que Kubiken notaba la dulce caricia en su mejilla:

—Entonces, todo es maravilloso —de pronto lo apartó y lo miró sorprendida—. ¿Qué haces vestido? ¿Te vas? —Volvió a mostrar aquella expresión de infantil alarma—. Oskar, no vas a dejarme aquí, ¿verdad?

Oskar Kubiken se pasó la lengua por los labios, lentamente. ¿Dejarla allí? Desde luego, eso tenía que hacer… Dejarla… y para siempre. Lo contrario era una locura, algo que él jamás habría

considerado admisible. Tenía muchas cosas importantes que hacer, mucho en qué pensar… Y, ciertamente, en su vida actual no había sitio para ninguna mujer. Ni nunca habría sitio en su vida para ninguna mujer. Le habían parecido siempre estúpidas y por completo innecesarias, salvo en determinados momentos… Una mujer siempre junto a un hombre sólo sirve para complicarle la vida…

—¿Por qué me miras así? —gimió ella—. ¿Has pensado en dejarme, entonces? ¿Has pensado que ya no…?

Se calló de pronto y su mirada quedó perdida, como atravesando el cuerpo de Kubiken. Segundos después, éste comenzaba a oír el rumor de un helicóptero, cada vez con más claridad. Bien… Allí estaban, acudían a buscarle, según sus órdenes. Había que tomar una decisión, y pronto. Y esa decisión sólo podía ser una: matar a Margie Jones y entregarla a sus hombres para que ocultasen para siempre su cadáver, en cualquier sitio… Era la única decisión posible y razonable, además de conveniente.

De pronto se desasió de los brazos de ella y se puso en pie bruscamente.

—Vístete —dijo con voz ronca, velada—. Tenemos que irnos de aquí cuanto antes.

—Sí, Oskar.

Ella saltó de la cama y fue adonde estaban sus ropas, comenzando a vestirse con rapidez asombrosa. Kubiken la miraba casi con hostilidad. Se sentía irritado consigo mismo más que con Margie, sin embargo. Ella ni siquiera había preguntado adónde iban, lo cual le habría decidido a matarla. Una mujer es siempre solamente una mujer…

—¿No quieres saber adónde vamos? —le preguntó.

—Me tiene sin cuidado —sonrió ella; parpadeó como desconcertada de pronto—. ¿Estaré contigo, Oskar?

—Claro.

—Entonces, no me importa.

Afuera se oía ya el rumor del helicóptero con toda su potencia. Estaban aterrizando delante de la casa. Para cuando dejó de oírse, Margie Jones ya estaba completamente vestida y mirando a Kubiken con dulce expresión.

—Yo ya estoy lista, Oskar.

Éste volvió a mirarla con hostilidad. ¿Ya estaba lista? ¿Ni siquiera se peinaba, o se pintaba, o cosas de esas que siempre hacen las mujeres y en las cuales pierden tantísimo tiempo? Pero, examinando detenidamente a Margie Jones, era muy fácil llegar a una conclusión: ella no necesitaba pintarse, ni maquillarse, ni nada… Ni siquiera peinar sus largos cabellos rubios, deliciosamente revueltos. Tal como estaba resultaba sencillamente adorable. Tan adorable, que Oskar Kubiken tuvo un último pensamiento, con el que se convenció a sí mismo: podía matarla más adelante, cuando ella dejase de interesarle tan… profundamente.

—Vámonos.

Ella tomó su maleta y se fue tras él, con vivos pasitos saltarines. Cuando llegaron abajo, los seis hombres estaban en el vestíbulo, conversando con otro que, evidentemente, era el piloto del helicóptero.

—Ve con él —lo señaló Kubiken.

Margie salió de la casa con el sorprendido piloto, mientras Jarvis, perplejo, contemplaba fijamente a Kubiken. Pero no dijo nada. Estaba comprendiendo la situación, y no sería él quién importunase de nuevo al hombre que dirigía la Sekreten Polizeiken; si Kubiken quería conservar con vida a la muchacha, la responsabilidad sería toda suya. Exclusivamente suya.

—Enviad la copia para el archivo según costumbre —dijo un tanto secamente Kubiken—. Hasta la vista.

—Buen viaje, señor —murmuró Jarvis.

Un minuto después, el helicóptero volvía a elevarse, rumbo a la base de la Sekreten Polizeiken, llevando al jefe de ésta… y a una dulce y desgraciada muchacha llamada Margie Jones… rubia y de ojos oscuros.

* * *

El viaje duró apenas una hora en su primera sección, ya que el helicóptero tomó tierra en un pequeño aeródromo, donde les estaba esperando una avioneta roja y azul, a la cual se trasladaron, para emprender la marcha inmediatamente. En la velocísima avioneta, que tuvo que repostar una sola vez, permanecieron nada menos que seis horas, siempre volando hacia el Oeste. Transcurrido ese tiempo,

la avioneta tomó tierra en otro pequeño aeródromo, donde les esperaba otro helicóptero.

Durante la mayor parte del viaje en la avioneta, Margie Jones se dedicó a dormir, contemplada frecuentemente por Oskar Kubiken, cuya expresión no podía ser más sombría. Nunca le había ocurrido aquello con ninguna mujer, y, desde luego, no pensaba permitir que durase mucho.

Cuando tomaron el segundo helicóptero era ya casi mediodía, de modo que Margie Jones decidió que había dormido suficiente, y se dedicó a contemplar el paisaje que se extendía bajo ellos. Bosques, bosques, bosques… y, en muchos puntos, nieve. Casi desde el principio habían tenido bajo ellos la cinta de un río, brillando al sol, y después de treinta o cuarenta minutos de vuelo hacia el Sur, comenzaron a verse enormes montañas llenas de nieve…

Kubiken dirigía frecuentes miradas a la silenciosa y risueña Margie, cada vez más irritado por la falta de interés de ella hacia el lugar al cual se dirigían y por los que habían pasado. Claro que una persona con conocimiento del país y con cierta cultura podría haber ido obteniendo conclusiones, considerando la dirección siempre Oeste por la posición del sol con respecto a la marcha, la distancia recorrida calculando el tiempo transcurrido y la velocidad media de la avioneta… Pero, evidentemente, todas aquellas pequeñas preocupaciones no parecía que fuesen a quitarle el sueño a Margie.

—Estamos llegando —dijo de pronto el piloto.

Kubiken miró hacia abajo, y Margie hizo lo propio, hacia donde había señalado el hombre. Allí abajo no había nieve; el terreno era más bajo, y en una gran extensión parecía dedicado exclusivamente a pastos. A medida que el helicóptero fue descendiendo, se fueron distinguiendo grandes rebaños de ovejas, engordando, sin duda alguna, con la jugosa hierba de primavera. Las nieves se veían hacia el Sur y hacia el Oeste, muy lejos.

Luego distinguieron la construcción, que fue perfilándose como un gran rancho ovejero, rodeado de grandes corralones. La casa central era muy grande, y cerca se veían algunos caballos, sueltos. Pero lo que más abundaba allí eran ovejas. Ovejas por todas partes.

Y, finalmente, el helicóptero aterrizó, delante de la casa.

—¿Va a necesitarme hoy, señor? —preguntó el piloto.

—Espero que no. De todos modos, revisa el aparato antes de

retirarte a descansar.

—Sí, señor.

Kubiken se volvió hacia Margie, que a su vez lo miró, sonriendo como maravillada.

—Qué hermoso lugar, Oskar… ¿Es un rancho?

—Sí. Claro.

—¿Tuyo?

—Desde luego. Vamos a la casa… Dime una cosa: ¿sigue sin interesarte saber dónde estás?

—Oh, supongo que estamos por Wyoming, más o menos… ¿Qué más da?

—Te has equivocado de poco —sonrió Kubiken—. Pero, ya que no te importa, diremos que estamos en Wyoming. Vamos.

Saltó del helicóptero y la ayudó a ella, que se volvió para recoger su maleta. En el gran porche de la casa central había tres hombres, mirando fijamente, sin poder ocultar su sorpresa, al jefe de la Sekreten Polizeiken, el cual, al llegar ante ellos, preguntó:

—¿Alguna novedad?

Dos de los hombres movieron negativamente la cabeza. El tercero asintió.

—Un mensaje por radio, señor. Referente a la nueva… adquisición. ¿Ha llamado Jarvis? —se sorprendió gratamente Kubiken.

—Sí, señor. Ya ha iniciado el contacto directo con el senador Madison. Le ha mostrado la película, en privado, naturalmente.

—Bien… —Kubiken entornó los ojos—. ¿Cuál ha sido la reacción del senador Madison? Con brevedad, Dutreval.

—Ha aceptado, señor. Tenemos otro elemento más bajo el control de la Sekreten Polizeiken.

—Excelente… Pero no podía ser de otra manera. Supongo que nuestra jugada con el hombre de la CIA llamado Cavanagh le ha hecho comprender muy pronto cómo iba el juego.

—Así parece, señor. Jarvis nos ha comunicado que hemos perdido dos hombres en esa operación.

—Siempre se pierden hombres… —murmuró Kubiken—. Sobre todo, cuando no hacen bien las cosas. Debieron ser más cautos. De todos modos, ha sido mejor perderlos que saber que la CIA los tenía en estos momentos a su disposición. Eso habría podido llegar hasta

Jarvis, o cualquiera de los otros subjefes de la zona de Washington, y si tal cosa hubiera ocurrido, nosotros habríamos tenido que levantar el campo de aquí. Siento tener que decirlo, pero… a nosotros nos ha sido beneficioso que los mataran en la huida de la clínica. El caso es que con la muerte de Cavanagh y la nota que la CIA encontró, los personajes bajo nuestro control saben muy bien a qué atenerse… ¿no ha habido llamadas del… exterior?

—No, señor.

—Todo está normal aquí, señor —intervino otro.

—Magnífico. Iré a descansar ahora —se volvió hacia la estupefacta Margie y sonrió secamente—. ¿Alguna noticia más sobre la muchacha llamada Margie Jones?

—Pequeños detalles complementarios que nada significan. Dónde nació, cuándo, quiénes fueron sus padres, estudios… Tenemos el informe preparado si desea verlo, señor.

—Luego. Voy a dormir hasta la noche, y entonces revisaré los diferentes cursos. Por cierto —sonrió divertido—, ella es Margie Jones. Ven, Margie.

Como una niña perdida, Margie siguió a Kubiken al interior de la casa, medio arrastrando su maleta. El mobiliario era modesto y viejo, incluso tosco. Pero la casa era muy grande, con varias alas, y pasillos que llevaban a anexos. El olor a ovejas era inevitable.

Kubiken abrió una puerta, entró, y esperó a que Margie lo hiciese. Cerró la puerta, tomó la maleta de la muchacha, y dijo:

—Éste será nuestro dormitorio.

Ella miraba a todos lados, entre indecisa y todavía muy sorprendida. Cuando volvió a mirar a Kubiken, él había abierto su maleta y estaba sacando los fajos de billetes. Ella se quedó contemplándolo, en silencio… No parecía sentir gran interés por el dinero, pero respingó cuando vio que Kubiken se guardaba su estuche metálico con las jeringuillas y la morfina que quedaba del paquete que le había proporcionado Wayne T. Madison.

—¿Qué… qué haces…?

—Espero que no te importe que te guarde el dinero.

—No… El dinero, no… Pero, Oskar, tú sabes que yo necesito lo otro…

—Me ocuparé de que no te falte, no te preocupes… ¿Acaso quieres ahora?

—No… Espero poder resistir hasta mañana…

—Siempre que lo necesites, pídemelo.

—Yo preferiría…

—Olvida tus preferencias —replicó él ásperamente—. En este lugar, yo soy quien toma todas las decisiones.

Ella parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Estás disgustado conmigo? —sollozó.

—No. Pero incluso para el vicio tiene que haber una cierta disciplina.

—Sí… Lo que tú digas, Oskar.

—¿Tienes sueño?

—No… He dormido durante el viaje, y…

—Ya me he dado cuenta. Está bien, yo no he dormido, y esta noche voy a estar muy ocupado, así que me acostaré dentro de unos minutos. Necesito descansar.

—¿Quieres…?

—He dicho descansar, no otra cosa. Si tú no tienes necesidad de hacerlo, puedes dedicarte a lo que prefieras. Pasea, pon la radio o la televisión… Lo que quieras. Pero no abras ninguna puerta que esté cerrada ni hagas preguntas a nadie… Y no te alejes demasiado del edificio central. ¿Comprendido?

—Sí, Oskar. ¿Qué… qué voy a hacer yo aquí, en esta casa, en este lugar?

—Mañana tomaremos decisiones al respecto. Pero entiende bien una cosa desde este mismo momento: aquí, todo el mundo hace algo, todo el mundo es útil. ¿Qué sabes hacer tú?

—No sé… Muchas cosas… y ninguna… No sé, Oskar.

—Examinaré luego tu ficha completa, y espero que tengas alguna habilidad especial.

—Yo creí que… que me habías traído aquí como… como tu… compañera…

—Eso es por añadidura. Ahora déjame dormir. Y no olvides nada de lo que te he dicho.

Capítulo VII

No olvidaría absolutamente nada de lo que había visto, si bien lo cierto era que había visto bien poca cosa. Ovejas, prados, montañas y hombres, muchos de ellos a caballo y acompañados por grandes perros pastores que les ayudaban a cuidar los rebaños. El clima era más bien frío, y eso pareció ser lo único que molestó un poco a la bella y simpática Margie Jones, que aceptó agradecida una cazadora de piel de uno de los jinetes pastores.

Montó a caballo, paseó a pie, no hizo preguntas a nadie, ni abrió ninguna puerta que hubiese visto cerrada. Sin embargo, tenía un oído excelente y una vista no menos perfecta, así como una capacidad deductiva que habría puesto aún más de punta los tiesos cabellos de Oskar Kubiken si éste hubiera podido leer los pensamientos de Margie Jones.

Pero Oscar Kubiken se dedicó a dormir hasta las seis de la tarde, y luego, después de comer algo rápidamente en la gran cocina del rancho, se reunió en el salón de estar con los tres hombres que Margie había conocido en el porche a su llegada. Kubiken pidió la ficha completa de Margaret Jones, y, tras leerla detenidamente, miró a la bella rubita, que estaba sentada sobre la alfombra, ante la chimenea, con cara de frío, como ajena a lo que pudiesen hablar los cuatro hombres.

—Aquí dice que hiciste todo un cursillo de estenógrafa.

Ella se volvió, sonriendo tímidamente.

—Sí, es cierto. Pero luego el trabajo no me gustó.

—¿Por qué?

—Me aburría.

Los tres hombres sonrieron levemente, con cierta ironía. Oskar Kubiken frunció el ceño.

—En lo sucesivo no te aburrirás, te lo aseguro. Estos son Colwak, Vanesky y Dutreval. En mi posible ausencia, cualquiera de

los tres podrá darte órdenes, si bien estás directamente a las de Dutreval. Él te dirá cuál es tu trabajo.

—¿Tengo que trabajar?

Dutreval soltó una carcajada y se adelantó a la respuesta de Kubiken:

—Procuraré que el trabajo no le resulte excesivo, señorita Jones.

—Ella hará lo que tiene que hacer —gruñó Kubiken—. Enséñale su puesto de trabajo, Dutreval.

—¿No me necesita aquí? —Alzó las cejas éste.

—No. Vanesky, Colwak y yo arreglaremos lo demás.

Dutreval asintió y se puso en pie, haciendo una seña a Margie, que le imitó rápidamente, como asustada Salieron los dos, y Dutreval la condujo a uno de los cuartos cuya puerta había estado cerrada todo el día y que él abrió con una llave que llevaba colgando del cuello con una cadenita. Dio la luz, cedió el paso a la muchacha y entró tras ella, cerrando la puerta.

Margie Jones estaba mirando los aparatos que había en el cuarto. Desde luego, uno de ellos era una radio de onda corta, sin lugar a la menor duda. Había también tres pantallas de televisión, dos máquinas de escribir, un interfono y lo que debía ser un télex… La muchacha miró desconcertada a Dutreval.

—¿Todo esto es necesario en un rancho?

—Más o menos —sonrió Dutreval—. La radio nos informa de las condiciones de venta de las ovejas, así como el télex. Luego, el interfono nos sirve para comunicarnos dentro de todo el rancho sin tener que desplazarnos continuamente de un lado a otro; es muy grande… Por las pantallas de televisión podemos controlar los alrededores del rancho, porque a veces, en pleno invierno, hay pequeños aludes de nieve que pueden sepultar a pequeños grupos de ovejas.

—Ah.

Dutreval sentía ganas de reír, según parecía.

—En cuanto a las máquinas de escribir, deberá usted acostumbrarse pronto a una de ellas. Si llama la radio, utilice el interfono para localizarme. Si funciona el télex, simplemente espere a que el mensaje termine, arranque la tira y pásela a máquina, al máximo espacio interlineal. También deberá llamarme en seguida, para que yo lea lo que…

De pronto, sobresaltándolos a los dos, precisamente el télex comenzó a funcionar, expeliendo la tira de papel, con palabras escritas en inglés, pero que Margie encontró sin significado alguno una vez hubo arrancado la tira de papel al terminar de funcionar el aparato.

—Pero… ¿qué dice aquí? —exclamó.

—Páselo a máquina —rió por fin Dutreval.

Así lo hizo ella, entregando luego el papel, en el que había transcrito el contenido de la tira:

> «CIENTO CERO VEINTICINCO MONTAÑAS TRESCIENTOS ALTURAS CELESTE OVEJAS DOBLE PLANICIE NIEVES CAOS CATORCE VEINTINUEVE UNO MIL OCHOCIENTOS DOS BOSQUE».

—No… no sé si lo he anotado bien. Yo he…

—Está bien —sonrió Dutreval—, no se preocupe.

Se sentó ante la mesa y, debajo de las incomprensibles líneas, fue haciendo anotaciones. Cuando terminó, sonrió una vez más y se puso en pie.

—¿Es… es una clave? —Pareció comprender Margie.

—En efecto. Una clave comercial. No se mueva de aquí y siga atenta a todo esto. Yo volveré en seguida.

Salió del cuarto y regresó cinco minutos después, sin el papel escrito a máquina. Durante quince minutos más estuvo dándole explicaciones a la muchacha, que parecía hacer muchos esfuerzos para comprender y retenerlo todo. Fueron encendidas las pantallas de televisión y, en efecto, aparecieron los pastos, en tres puntos diferentes, tan bien elegidos que, prácticamente, desde aquel cuarto se podían controlar todos los lugares de acceso al rancho.

Margie Jones estaba maravillada.

—Está muy bien organizado este rancho, ¿verdad?

—Efectivamente —asintió Dutreval—. Y ahora, la dejo sola. No descuide nada.

—Lo procuraré… ¿Tendré que estar aquí mucho rato?

—No lo sé. Pero aprenda a tener paciencia. Hasta luego.

Dutreval la dejó sola de nuevo, y la señorita Jones quedó inmóvil, pensativa, durante unos minutos. Luego estuvo unos segundos con una orejita pegada a la puerta, y, finalmente, se sentó

ante la radio de onda corta. Se quedó mirándola, dubitativa, pasándose la lengua por los labios. De pronto se decidió: sus deditos tocaron el dial de cambio de onda… y en el acto comenzó a oír en el cuarto una especie de zumbido intermitente.

Y ni siquiera un segundo después todo el rancho entraba en ebullición. Se oían voces, exclamaciones, carreras de un lado a otro… Margie Jones, sobresaltada, quiso colocar de nuevo el dial en su sitio habitual, pero, evidentemente, no lo consiguió, y la señal de alarma continuó sonando en toda la casa. Aún no había tenido tiempo de encontrar el sitio adecuado para el dial cuando la puerta del cuarto se abrió impetuosamente y apareció Oskar Kubiken, echando llamas por los ojos, seguido de sus tres hombres de confianza, que estaban tan pálidos como él.

—¿Qué estás haciendo? —aulló.

Margie se puso en pie de un salto y se quedó mirándolo con expresión aterrada.

—Nada… —tartamudeó—. Nada… Só-sólo toqué este… este disco, y…

La violentísima bofetada de Oskar Kubiken la envió volando a un rincón del cuarto, donde quedó tendida como un guiñapo, al parecer sin conocimiento. Kubiken se abalanzó hacia la radio, movió el dial adecuadamente, y la señal de alarma dejó de sonar. Luego miró a la inmóvil Margie y lanzó una maldición horrenda. Salió al pasillo, que estaba lleno de hombres todavía inquietos, y señaló a dos de ellos.

—Vosotros, entrad ahí, llevaos a esa mujer y matadla. No quiero saber nada más de ella… Ni siquiera dónde enterráis su cadáver.

—Sí, señor.

Los dos hombres se hicieron cargo de la señorita Jones y la sacaron de allí.

—¿No se precipita un poco? —murmuró Dutreval.

—Me precipité al traerla aquí —replicó ásperamente Oskar Kubiken—. Eso demuestra que yo también puedo cometer errores. No debí traerla jamás.

—Es muy hermosa —sonrió levemente Dutreval.

—Lo que estás pensando es cierto —asintió Kubiken—. Quise disfrutar de su compañía durante unos días precisamente por eso. Pero no vale la pena. En el exterior se habrán alarmado por este

cambio de onda, y ninguna mujer vale la reprimenda que vamos a recibir… Yo voy a afrontar esa reprimenda. Llamaré para decir que ha habido una pequeña avería, simplemente. Tú, mientras tanto, contesta al mensaje del télex: ya hemos estudiado esa respuesta.

—Está bien —murmuró Dutreval.

—Y vosotros, ¿qué estáis esperando?: llevadla al corral pequeño y matadla. Los demás, cada uno a su clase.

Las órdenes de Kubiken fueron obedecidas rápidamente. Dutreval se colocó ante el télex y comenzó a enviar el mensaje, mientras Kubiken atendía la radio, ya en la onda adecuada, dando explicaciones en inglés a sus radioescuchas. Explicaciones que fueron aceptadas sin la menor inquietud, inmediatamente. Cuando Kubiken terminó, Dutreval estaba todavía enviando su respuesta.

—Maldita sea… —jadeó—. Esto me enseñará a no variar nunca, por nada ni por nadie, mi línea de conducta… ¿Qué pasa?

—Estoy terminando —murmuró Dutreval—. Tengo que hacerlo despacio para no equivocar la clave.

—Está bien… Revisa luego la posición de los centinelas, y si alguno no ha recibido la señal de normalidad, ponlo al corriente.

—De acuerdo.

Oskar salió del cuarto y Dutreval se apresuró a terminar su mensaje. Luego salió precipitadamente del cuarto, y segundos después lo hacía de la casa, echando a correr hacia el corral pequeño. La oscuridad había llegado ya, aunque en las cumbres de las lejanas montañas nevadas quedaba todavía un bello resplandor rojizo y morado.

—Es una lástima matarla sin más —razonaba Dutreval—. Ojalá llegue a tiempo.

* * *

Margie Jones yacía en el sucio suelo del corral, y los dos hombres la contemplaban con el ceño fruncido, un tanto indecisos. De pronto, uno de ellos sacó la pistola y masculló:

—Bueno, terminemos. Luego la enterraremos en… No pudo terminar. Se quedó petrificado, sin aliento, al recibir el espantoso puntapié que le llegó desde el suelo al bajo vientre.

El paralizado sujeto vio el gesto feroz de la muchacha lanzando

un golpe con su mano derecha hacia la cabeza de su compañero. Y oyó el chasquido en la frente de éste. Un chasquido que lo estremeció, que le permitió reaccionar… mientras su compañero caía de espaldas, fulminantemente muerto por el golpe de karate.

Alzó la pistola al fin, pero una de las manitas de Margie Jones asió su muñeca, alzó su brazo, pasó por debajo y lo retorció, colocándose a la espalda del hombre, que abrió la boca para lanzar el aullido de terrible dolor cuando la articulación del codo crujió como una rama seca que se rompía.

Pero tampoco para esto tuvo tiempo. El otro brazo de la muchachita rubia pasó por delante de él, se incrustó en su garganta tirando hacia atrás, y la voz quedó ahogada en la garganta del hombre, cuya pistola había caído al suelo. Y al mismo tiempo que empezaba a comprender que aquella mujer no era normal, notaba en sus ingles la presión de las piernas de ella, que se había encaramado a su espalda como una gata rabiosa, aferrándose a él con las piernas en sus ingles y sin dejar de apretar con su brazo izquierdo… El tirón hacia atrás fue irresistible, y el hombre se vino abajo, de espaldas cayendo sobre Margie Jones, que ni siquiera gimió. Su mano derecha asió la izquierda, ayudándose así con mayor fuerza a seguir apretando aquella garganta masculina.

Sí. Como una gata furiosa aferrada al lomo de su víctima, la señorita Jones estuvo reteniendo con sus piernas al hombre, mientras la presión de su brazo izquierdo iba aumentando, aumentando, aumentando.

Y, de pronto, todo terminó. Ya no se oyó su ronco gemido débil, entrecortado. Sólo se oyó el jadeo de la gata, que estuvo aún apretando unos segundos más. Luego lo soltó de pronto, se lo quitó de encima, rodó y se puso en pie. Recogió las pistolas de los dos hombres, deslizó una en su escote y, empuñando la otra, se dirigió rápidamente a la puerta del corral. Antes de salir, asomó cautelosamente la cabeza… y la retiró con viveza.

Se volvió, miró a los dos hombres muertos y fue hacia ellos. Asió primero a uno y luego a otro, por los pies, y los arrastró junto a la pared de madera, rápidamente. Y apenas había dejado allí al segundo, cuando una sombra apareció en la puerta.

—¡Troy! —llamó el recién llegado Dutreval—. ¿Dónde…?

Respingó, ahogándose con su propia voz cuando la silueta

femenina apareció ante él, con un brazo en alto. No tuvo tiempo para reaccionar en lo más mínimo. El brazo bajó, la pistola golpeó en su frente, y Dutreval llegó en un instante al mundo del sueño.

Así que no pudo asombrarse, como habría ocurrido sin duda, si hubiese visto a la frágil, tímida y asustadiza señorita Jones quitarle la pistola, tirarla hacia el fondo del corral vacío y, tras colocarlo vigorosamente en pie, cargárselo sobre los hombros con toda facilidad.

* * *

Cuando abrió los ojos, no pudo ver nada; todo era oscuridad a su alrededor. Todo, excepto una mancha clara que se inclinaba hacia él. Cuando comprendió lo que era, se negó a creerlo… ¿Podía ser, efectivamente, la rubia cabeza de Margie Jones?

—Me parece que ha despertado ya, Dutreval. ¿Puede oírme?

—Sí… —jadeó él—. Si, la oigo.

—Será inútil que intente moverse. Y, mucho menos, levantarse. He atado sus manos y sus pies con su cinturón y trozos de sus pantalones. También, con tiras de sus ropas, he atado su cuello al tronco de un abeto, así que ni siquiera podrá mover la cabeza. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Mientras usted dormía, he sacado la pólvora de varias balas, y le diré cuáles son mis intenciones… usted contesta a mis preguntas, llegaremos a un acuerdo conveniente. Si no lo hace, verteré sobre su rostro esa pólvora, especialmente sobre los ojos, y le prenderé fuego con su encendedor.

—No… ¡No, no, no…!

—Le aseguro que no siento deseos de hacerlo. Lo que verdaderamente deseo, y mucho, es terminar pronto, para poder acabar con este asunto y buscar un sitio donde no haga frío… Detesto el frío, Dutreval. ¿Es usted francés? —preguntó Margie de pronto en este idioma.

—No… Canadiense.

—Oh, estupendo… Veamos cómo anda nuestra política de buena vecindad. Por mi parte, quiero demostrarle que me ha resultado simpático, y ofrecerle una oportunidad de salvar la vida

colaborando conmigo Veamos… Los dos hombres que fueron a matar a Cavanagh fracasaron en su intento; yo misma maté a uno de ellos, y a otro lo puse en un quirófano, le enseñé un bisturí y, prácticamente, no fue necesario nada más para que el hombre comprendiese. Así que me habló de la Sekreten Polizeiken y del hombre que, para él, era su jefe: un tal Jarvis, que siempre estaba vigilando la zona del Capitolio, en busca de víctimas. Yo comprendí que el tal Jarvis sólo podía ser un elemento intermedie en la Sekreten Polizeiken, y, para no alarmar a ésta dispuse que dos agentes de la CIA se vistieran de sanitarios y corriesen hacia el coche donde esperaban a los dos asesinos. Entonces, simulamos matarlos, los otros escaparon, y, puesto que al parecer sus compañeros habían muerto, y luego la CIA hizo correr la voz de que Cavanagh había muerto, todos ustedes se tranquilizaron… ¿Me sigue, Dutreval?

—Sí… Sí.

—La siguiente medida fue simular el entierro de Cavanagh, mientras éste era llevado a otro lugar. Y también mientras tanto, como yo contaba ya con la información del hombre del quirófano, sabía a qué atenerme: la Sekreten Polizeiken se dedicaba a buscar políticos y militares importantes cuyas vidas no fuesen… digamos demasiado decentes. Obtenían pruebas de ese… indecente modo de vivir y luego se las presentaban. A partir de ese momento, salvo que quisieran morir o que todo el mundo se enterase de sus suciedades, quedaban a las órdenes de la Sekreten Polizeiken. Hasta ahí la información de aquel hombre. ¿Todo correcto?

—Sí.

—Bien. Entonces, la CIA me buscó un… *partenaire* para realizar mi jugada. Docenas de hombres se pusieron a localizar a la persona cuyas características yo indiqué. Finalmente, elegí al senador Wayne T. Madison para secundarme en la partida. Y parece que los dos lo hicimos muy bien. Jarvis se dio cuenta de que algo ocurría, me vigiló, llamó a Oskar Kubiken, me hicieron una oferta… En resumen, el senador, que por cierto es una persona honrada, leal y sin duda alguna provista de aceptable valor, quedó prendido en las redes de la Sekreten Polizeiken; utilizando la personalidad de una muchacha llamada Margie Jones, que realmente existe, pero que fue… retirada temporalmente de la circulación por la CIA, yo

llegué, de este modo, a un escalón más alto que el tal Jarvis: Oskar Kubiken, que asegura ser el jefe de la Sekreten Polizeiken, Pero dejaremos las preguntas finales para el término de mi explicación, que es la siguiente: Cavanagh está a salvo; la quinta cercana a Washington está estrechamente vigilada por la CIA, de modo que los seis hombres que hay en ella están dentro de un círculo de hierro, y serán detenidos cuando yo lo indique; mientras unos compañeros vigilan a esos seis hombres que se dedican a buscar gente poco decente entre los altos puestos de la política de Estados Unidos, otros compañeros han estado también trabajando, dedicados a rastrearme en todo momento, así que, mientras volábamos desde Washington hacia aquí, diversas estaciones de radio y radar y avionetas y helicópteros, han ido indicando en todo momento mi posición; de donde se desprende que en estos momentos la CIA debe haber enviado quizá un centenar de agentes a este lugar…

—Mentira… ¡Mentira!

—Esa esperanza, Dutreval, sólo le perjudica. Pero allá usted. Yo sé que en cuanto consiga utilizar la radio que tienen en el rancho y dé la orden de ataque, este lugar será arrasado. Pero antes vamos a lo interesante a las preguntas que hemos dejado para el final. Primera pregunta: ¿para quién trabaja Oskar Kubiken?

—No lo sé.

—Dutreval, la pólvora…

—¡Le juro que no lo sé!

—Dejaremos esto pendiente. ¿Con quién se comunica por medio de la radio y del télex?

—Con la radio estamos en contacto con una emisora en la costa del Pacífico. Con el télex, recibimos en clave información sobre los hombres que tenemos bajo e control de la Sekreten Polizeiken.

—¿Hay algún archivo sobre esos hombres controlados por ustedes?

—Sí, en el rancho… En el dormitorio de Kubiken pero no sé exactamente dónde. Él tiene allí todos su asuntos.

—Muy bien. Esa emisora de la Costa del Pacífico ¿por quién está manejada? Quiero decir: ¿por rusos quizá?

—No lo sé. Siempre hablamos en inglés. Siempre.

—Sin embargo, el nombre de Sekreten Polizeiken tiene una

cierta reminiscencia rusa, ¿no le parece?

—Nunca me he interesado por eso. Pero también se parece a otros idiomas centroeuropeos.

Sí… Es cierto. Tendremos que preguntárselo al querido Oskar. En definitiva, parece que es el único que sabe qué es exactamente la Sekreten Polizeiken, y para quién están trabajando y cuáles son sus objetivos finales… ¿Qué sabe usted de esto?

—Yo trabajo con Oskar por dinero, eso es todo. Y los demás, lo mismo. Yo soy el jefe de la Sección de Relaciones Públicas del Interior. Vanesky es el jefe de la Sección de Ataque. Colwak es el jefe de la Sección de Investigación.

—Eso quizá quiera decir que usted recibe los informes de agentes de la Sekreten Polizeiken como Jarvis, por ejemplo, y los pasa a Oskar, quien ordena a Colwak, es decir, a la Investigación, que se ocupen de averiguar todo lo posible sobre determinado personaje. Si el asunto es adecuado a sus planes, Oskar va a ver a ese personaje y, por medio del chantaje, lo deja convertido en un ser a su disposición. Si algo no va bien, la Sección de Ataque soluciona el problema, matando a quien convenga… ¿Es así?

—Sí. Todos los hombres que vienen a este rancho pasan la mayor parte del día como pastores, y por la noche asisten a clases, por turnos. A cada uno les enseñamos su cometido dentro de la Sección a que Oskar los destina.

—¿Cuál es la nacionalidad de esos hombres?

—Hay de todo el mundo. Incluidos norteamericanos, desde luego.

—Bien… Parece que la Sekreten Polizeiken es una organización muy bien estudiada y dirigida, desde luego.

Y su objetivo, en definitiva, consiste en tener bajo control y órdenes a personajes de la política norteamericana; también militares, gente influyente en todas las esferas… Me imagino que tendrán un buen número de esa clase de… colaboradores.

—Hay mucha gente importante en Estados Unidos que tiene mucho de qué avergonzarse —aseguró Dutreval.

—Sí… —murmuró Margie—. En todo el mundo hay siempre mucha gente sucia, lamentablemente. Gente que hace lo que se suponía que hacía el bravo senador Madison, y cosas mucho peores. Ustedes las localizan, as dominan… pero ¿para qué?

—No lo sé. Kubiken dice que aún no ha llegado el momento. Él tiene su archivo, con todos esos personajes, cada vez más numerosos, y dice que, mientras no llegue el momento, hay que dejarlos tranquilos.

—¿El momento de qué?

—¡No lo sé! Sé que los piensa utilizar, pero no sé en qué. Yo hago mi trabajo, cobro un buen sueldo y espero el momento en que, como dice Kubiken, pueda vivir como un rey.

—Como un rey… ¿Rey de qué?

—No sé.

—Bueno, según parece hay cosas que no puedo saber por medio de usted, Dutreval. Veamos… Una: la nacionalidad de quienes están dirigiendo esta operación de Oskar Kubiken utilizando la recién formada Sekreten Polizeiken, integrada por hombres de todas las nacionalidades. La personalidad de todas las personas que están sometidas a la Sekreten Polizeiken esperando que éste dicte sus órdenes, es la segunda cosa. Y tercera cosa: ¿qué pretende la Sekreten Polizeiken exactamente con todo esto?

—No puedo contestarle a ninguna de esas preguntas.

—Pero Kubiken sí podría hacerlo, ¿verdad?

—Sí. Él sí. Él lo sabe todo.

—De acuerdo. Entonces, a fin de quedar definitivamente informada de este asunto, de estas tres últimas preguntas, no tendré más remedio que ir a preguntárselo a Oskar… ¿No le parece?

—Me gustaría que se atreviese a hacerlo —rió secamente Dutreval.

—Oh, soy capaz de eso y de mucho más, Dutreval. Aunque las circunstancias actuales no me son muy favorables esta vez: no dispongo de radio de bolsillo, ni mi armamento habitual incendiario y de gases… En fin, que estoy… inerme. Porque para mí, una pistola no significa gran cosa. Pero, claro, no podía arriesgarme a esconder en la maleta que he traído, mi maletín o cualquiera de sus trucos, por si Oskar decidía registrarla… En fin, tendré que arreglármelas de un modo u otro. Si consigo llegar a la radio de ustedes, podré cambiar la onda y dar orden de ataque a mis compañeros…

—Eso es mentira.

—Usted es un cretino —rió Margie Jones—. ¿No puede

entenderlo?: la Sekreten Polizeiken está a punto de disolverse. Desaparecerá, no quedará nada de ella. Siempre sucede lo mismo cuando yo intervengo… A propósito, Dutreval, todavía no me he presentado: ¿ha oído hablar de Baby, de la CIA?

Dutreval emitió un fuerte respingo y luego quedó silencioso. Margie Jones volvió a reír quedamente.

—Me parece que sí. Bueno, tendrá que perdonarme… Normalmente, le dejaría a usted dormido por un par de días, con una de mis ampollitas de gas, pero, como ya le he dicho, no tengo aquí nada de mi material habitual. Tendré que amordazarlo sólidamente.

—¿No va a… a matarme…?

—No. Algunos de mis compañeros pasarán a recogerlo, porque todavía podrá usted puntualizar en muchas preguntas que le haremos. Y ya no puedo perder más tiempo, Dutreval, pues quiero ir a… charlar con Oskar. Abra la boca.

—¿Qué? —Se pasmó Dutreval—. ¿Para q…?

Un montón de ropa entró en su boca, y ya no pudo decir nada más. Luego, con más tiras de ropa, Margie Jones se convenció de que quedaba amordazado herméticamente; aseguró más sus manos y sus pies y, después, la mancha clara de su rubia cabellera desapareció en la oscuridad.

Capítulo VIII

La luz de las linternas iluminaba de lleno a los dos hombres, que estaban siendo examinados por sus compañeros.

—Troy tiene la cabeza rota —informó por fin el que le había examinado.

—Y Bokopoulos ha sido estrangulado —dijo otro.

Oskar Kubiken estaba lívido. Junto a él, Colwak y Vanesky no parecían precisamente tranquilos. Otro hombre entró en el corral y murmuró unas palabras al oído de Vanesky, que miró a Kubiken.

—Dutreval no obedeció sus órdenes de recorrer el circuito de vigilancia —murmuró—. Y no ha sido visto por nadie.

Kubiken quedó reflexionando sombríamente. Era uno de esos momentos en que sus ojos producían poco menos que terror. A su alrededor, los hombres de la Sekreten Polizeiken permanecían silenciosos, esperando con inquietud la temida reacción de su jefe.

Pero cuando éste reaccionó por fin, lo hizo con calma que los asombró a todos.

—Las cosas pueden haber sucedido de dos maneras —musitó—. O bien Dutreval vino aquí y ayudó a Margie Jones por motivos que no me atrevo a pensar, o bien ella sola pudo matar a Bokopoulos y Troy…

—¿Matar ella… así a Troy y Bokopoulos? —Se pasmó Vanesky —. Pero, señor, ellos dos eran precisamente los mejores hombres del grupo actual y…

Los cristalizados ojos de Kubiken se entornaron.

Y a todos les pareció que su enorme cuerpo se estremecía.

—Hay una mujer en Estados Unidos que ha podido hacer esto, y más todavía —el asombro de sus hombres aumentó al ver las gotas de sudor que aparecían en las rígidas facciones de Kubiken—. Pero sería… increíble. Y una asombrosa casualidad que Margie Jones pudiera ser esa mujer… Si es ella, ha podido matarlos a los dos,

sorprender a Dutreval… —Hubo una crispación en la boca de Kubiken—. Y toda la culpa sería mía. Me lo advirtieron seriamente, y si fui elegido para esta jefatura de la Sekreten, Polizeiken fue precisamente porque sabían que no me interesan las mujeres… No las mujeres que he conocido hasta ahora, pero…

Quedó silencioso. Sus hombres lo miraban, sin atreverse a pensar que, efectivamente, la expresión de Oskar Kubiken, si no era de miedo, era lo más parecida posible a éste.

—Si hubiese salido alguno de los coches —siguió de pronto—, los centinelas nos habrían avisado… Ved si están todos los coches. Y los caballos. Si están todos, esa mujer y Dutreval, sean o no sean amigos, tienen que estar muy cerca de aquí, así que… buscadlos. Pero que cuatro de vosotros se queden vigilando el helicóptero, Impedid que alguien se acerque a él, sea quien fuere. Yo voy a…

Respingó, alzando la cabeza, y los demás hicieron lo mismo: en lo alto del techo del corral, al mismo tiempo que brillaba una lucecita roja comenzó a sonar aquel zumbido intermitente de alarma.

—¡La radio! —aulló Kubiken—. ¿Quién ha quedado en la radio?

—Nadie —replicó Vanesky, tenso—. Cuando Torka vino a decirnos que si no regresaban Bokopoulos y Troy era porque estaban…

—¡Cuatro al helicóptero! —Gritó Kubiken—. ¡Los demás, a la casa inmediatamente! ¡Rodeadla y disparad contra quien sea…!

Hubo dispersión general, a todo correr. Cuatro hombres corrieron hacia el helicóptero escondido en uno de los cobertizos, y los demás, con Kubiken al frente, hacia la casa, separándose para rodearla completamente, armas en mano. Mientras corrían hacia allí, se dieron cuenta de que la alarma había dejado de sonar y que las tres luces piloto colocadas estratégicamente en lo alto del edificio central se habían apagado… Pero, apenas cinco segundos después, volvieron a encenderse las luces piloto, y la alarma reanudó su zumbido intermitente… Y cuando estaban a menos de cincuenta metros le la casa, todas las luces de ésta se apagaron, de pronto.

La oscuridad cayó sobre ellos tan inesperadamente que continuaron, a ciegas, tropezando unos con otros, cayendo, lanzando maldiciones. Un vientecillo helado llegaba de las lejanas

montañas nevadas…

—¡Las linternas! —vociferó Kubiken.

Tres o cuatro rayos de luz perforaron la oscuridad, iluminando a varios hombres poniéndose en pie…

—¡Hacia la casa! —gritó Vanesky—. ¡Si han cortado la corriente es que están dentro!

Los haces de luz fueron hacia la casa, mientras todos reanudaban su carrera hacia allí, rodeándola. Empuñando una de las linternas, Vanesky fue el primero en a la instalación eléctrica, y lanzó una maldición al ver arrancados los cables conductores. Puso la linterna en manos del hombre que iba tras él y, con todo cuidado, consiguió unir los hilos en un empalme provisional… La luz volvió a toda la casa, en la que resonaban gritos y carreras apresuradas, y se oía la voz de Oskar Kubiken:

—¡Registradlo todo, mirad en todos los cuartos, en todas las dependencias…!

Por su parte, Kubiken corrió al cuarto de la radio, donde no había nadie… pero cuya ventana estaba abierta de par en par, dejando entrar el frío de la noche.

Oskar Kubiken se estremeció, y no precisamente de frío… ¿Podía hacer todo aquello una mujer sola? Porque, verdaderament… ¿cabía pensar que, sin más, Dutreval se hubiese puesto de su parte? Era absurdo admitir esto. No… Ella había matado también a Dutreval. O lo tenía en algún lugar seguro… Y había vuelto a la casa, había utilizado la radio cinco o seis segundos, había anulado la onda utilizada, dejando de nuevo la alarma en marcha, y había ido a dejar toda la casa sin luz. Luego, mientras todos entraban en tropel en la casa, había vuelto al cuarto de la radio, y se había marchado por la ventana.

¿Era posible?

Kubiken colocó el dial en la posición establecida y la alarma cesó. Lo mejor era llamar inmediatamente a la estación receptora, pidiendo disculpas de nuevo por la avería… Sí, era mejor dominar los nervios, no alarmar a nadie fuera de allí…

Estaba a punto de efectuar la llamada cuando, en el exterior, con toda claridad, se oyó el galope de un caballo.

Y Oskar Kubiken se olvidó inmediatamente de la radio, lanzándose hacia el pasillo.

—¡Vanesky! —aulló—. ¡Se va a caballo!

Vanesky apareció, con varios de los hombres de su Sección.

—Iremos tras ella también a caballo —dijo—. De noche…

—A caballo no la alcanzaremos nunca. —Interrumpió uno de sus hombres—. La vi montar esta mañana, y le aseguro que lo hace mil veces mejor que nosotros. Con los coches…

—No seas estúpido —gruñó Vanesky—. Con los coches jamás podríamos alcanzar a un caballo si ella va hacia las montañas. Lo que debemos hacer…

—Lo que debéis hacer —le espetó Kubiken— es salir tras ella ahora mismo, a caballo, a pie y utilizando los coches… ¡Utilizadlo todo, pero atrapadla cuanto antes! ¡Vamos!

Los hombres se empujaron unos a otros para alejarse por el pasillo, mientras Kubiken volvía al cuarto de la radio y demás aparatos. Afuera oía la algarabía que formaban los hombres de la Sekreten Polizeiken, pero en realidad no le prestaba atención. Estaba mirando la ventana abierta, estaba pensando en los dos nombres muertos, uno de un golpe en la cabeza y el otro estrangulado. Y en la desaparición de Dutreval. Y en la alarma de la radio, el apagón de luz, el caballo que huía, los giros y giros que estaban dando todos en torno a lo que parecía un fantasma…

—Tiene que ser ella… —musitó—. No sé cómo ha podido ocurrir, pero tiene que ser ella…

Miró hacia la radio, pero desistió en seguida de efectuar aquella llamada. Si Margie Jones era quien él temía, lo mejor que podía hacer era marcharse cuanto antes.

Pensando esto, mientras afuera se oía el rugir de motores y galopar de caballos que salían tras el primero, Oskar Kubiken dio media vuelta y salió a toda prisa del cuarto de la radio. Segundos después entraba en su dormitorio y se dirigió directo adonde había dejado Margie Jones su maleta. La abrió, comenzó a sacar prendas tirándolas furiosamente hacia todos lados, arrancó la tapa, la rompió, despegó el forro, lo examinó todo… y no encontró nada. Nada que pudiera convencerlo de sus sospechas. Una maleta corriente con cosas de una mujer corriente.

Fue hacia una cómoda, la apartó con vigoroso empujón, y palpó la pared hasta encontrar la pequeña protuberancia, que apretó, con fuerza. Un rectángulo de madera se hundió por la parte inferior. Lo

arrancó de allí, y del hueco comenzó a sacar fajos de billetes, que fue amontonando a su lado. Luego sacó un pequeño portafolios, en el que metió tres libros bellamente encuadernados que también sacó del hueco de la pared. Guardó asimismo en el portafolios el dinero, colocó el rectángulo de madera en su sitio, asió el portafolios, se puso en pie dispuesto a empujar la cómoda a su sitio…

… Y quedó paralizado al ver a Margie Jones tras él, apuntándole con una pistola que sostenía firmísimamente en su mano derecha.

—Hola, queridísimo Oskar.

Un ramalazo de frío estremeció al jefe de la Sekreten Polizeiken al darse cuenta de la expresión de los azules ojos de la rubia Margie… ¿Azules? Pero… ¿no eran oscuros?… Azules u oscuros, la expresión era tal que el gigantesco personaje se sintió incapaz de reaccionar.

Ella tendió su manita izquierda, señalando hacia el suelo, a un lado de ambos.

—Por favor, tira el portafolios ahí, mi amor. Espero que no te hayas olvidado nada.

—¿Baby? —susurró por fin Kubiken.

—Has tenido ese gran privilegio, en efecto. El portafolios. Luego ve a sentarte en la cama. Bien sentado en el centro, con las piernas cruzadas y las manos sobre tu redonda cabeza.

Oskar Kubiken obedeció. La rubia de ojos azules recogió el portafolios, sin dejar de mirarlo, y fue a sentarse en un silloncito mugriento, en cuyo brazo derecho dejó la pistola. Abrió el portafolios, contempló desdeñosamente el dinero y sacó uno de los libros. Una sonrisa que no tenía que envidiar en nada a la más fría de las de Oskar Kubiken apareció en los deliciosos labios sonrosados. Hojeó el libro, frunció el ceño y luego comenzó a darle vueltas entre las manos, como divertida. Finalmente, metió una uñita bajo la piel de la encuadernación y la alzó cuidadosamente por un extremo. Luego, la fue arrancando, con exquisito cuidado… evitando que cayesen al suelo los pequeños microfilmes completamente estirados que fueron apareciendo…

Asintió con la cabeza, lo guardó todo de nuevo en el portafolios y miró directamente a Kubiken.

—De acuerdo… —dijo—. Como los dos sabemos muy bien todo eso de los hombres de diversas nacionalidades entrenados aquí por

ti y tus tres subjefes, en sus distintas secciones de Relaciones, Ataque e Investigación, vamos a pasar directamente a las tres preguntas que quedaron sin respuesta en mi charla con el canadiense Dutreval… ¿Estás cómodo?

—Pierdes el tiempo —sonrió de pronto Kubiken.

—Primera pregunta: ¿todos estos microfilmes contienen datos sobre los personajes políticos, militares y demás, norteamericanos, que están bajo el chantaje de la Sekreten Polizeiken?

—Sí. Todos son pura basura.

—Lamentablemente, debo inclinarme a creerte. Pero, respecto a la moralidad de senadores y gente así, la CIA tomará las medidas que crea conveniente. No es de mi incumbencia… aunque siempre es triste enterarse de suciedades parecidas a las que tú creíste que había en la vida de Wayne Madison…

—¿Todo fue preparado por ti?

—Todo.

—Debí dejar que Jarvis te matase… O matarte yo mismo, en la cama, cuando despertaste y ya tenía mis manos en tu cuello…

—Sí hubieses apretado un poco más mi lindo cuello, ahora ya estarías muerto. ¿Te asombras? Vamos, Oskar… En primer lugar, yo no estaba dormida. En segundo lugar, no te abracé porque seas el hombre de mi vida, sino para que este anillo —alzó la mano izquierda, mostrándolo— estuviese en contacto con tu nuca… Si hubieses insistido en tu propósito inicial de matarme, sólo tenía que haber apretado, y la finísima aguja envenenada habría salido y te habría matado en menos de tres segundos.

—No es cierto…

—La deliciosa rubita sonrió despectivamente.

—Segunda pregunta: ¿qué se proponía la Sekreten Polizeiken al disponer de todos esos importantes hombres sometidos a sus mandatos?

—Gobernar en Estados Unidos.

—¿Gobernar… dónde? —exclamó Baby.

—En Estados Unidos de América.

—Vamos… ¿Estás loco?

—Es un proyecto que hace años está en marcha. Si consigues escapar de aquí con vida, comprobarás la importancia de los personajes que tenemos controlados, en todas las esferas de la vida

política, militar, económico y social de tu país. Esos hombres, siguiendo siempre mis instrucciones, habrían ido decantando las grandes decisiones norteamericanas conforme a mis deseos.

—Ponme un ejemplo.

—¿Un ejemplo?… Muy bien. Supongamos, por referirnos a algo actual, que se somete a decisión del Senado la actitud a seguir en Vietnam: ¿se lleva a cabo la más grande escalada de la guerra… o nos marchamos todos de allí de una vez? ¿Qué crees que pasaría?

—¿Lo que tú quisieras, tal vez?

—Exactamente. Todos los personajes bajo mi control darían el voto que yo les hubiese ordenado. Se haría lo que yo decidiese siempre. Pero, quizá en un asunto de tanta envergadura, aún tardaría algunos años en conseguir ese poder. Sin embargo, no sería así en otros pequeños asuntos, que, poco a poco, irían poniendo la política y la economía de Estados Unidos en mis manos…

—Hay algo que no has tenido en cuenta —murmuró la divina espía—. Estos hombres que llevan una doble vida más o menos corrompida, pueden ser… unos cerdos viles, pero quizá no hasta el extremo de traicionar a su patria. No te obedecerían.

—Sí lo harían —sonrió de nuevo Kubiken—. Y te diré por qué. Cada uno de ellos no sabría que formaba parte de una masa dirigida por mí, y creería que su voto, en definitiva un solo voto, nada o muy poco podría variar la opinión o decisión de la mayoría… ¿Qué podría importar un voto más o menos a favor de mis deseos? Pero, al mismo tiempo, otros muchos pensarían lo mismo: ¿qué podría importar su único voto siguiendo mis órdenes? A fin de cuentas, los demás votarían lo que sinceramente considerasen mejor para Estados Unidos… Y cada vez serían más los que pensarían así, ignorando que muchos otros votos eran también igual al suyo, no por casualidad, sino porque así lo había decidido yo. Y de este modo, con tiempo, con paciencia, los Estados Unidos de América irían quedando bajo mi control en sus grandes decisiones nacionales e internacionales… Poco a poco, este país estaría en la realidad gobernado por mí. Seguiría habiendo un presidente y todos los demás cargos… pero, en el fondo, en la realidad más absoluta, yo sería quien gobernaría todas las acciones interiores y exteriores de Estados Unidos.

Brigitte Montfort, alias Baby, suspiró profundamente. Estaba

muy pálida, pero serena, atenta, vigilante.

—Te felicito… —murmuró—. Es el proyecto de más envergadura del que he tenido noticia en toda mi vida.

—Sobre eso no cabe la menor duda. ¿Te imaginas? —Kubiken adoptó una expresión soñadora—. Los Estados Unidos gobernados por un hombre al que nadie conocería, pero que tomaría todas las decisiones en todo momento, y las haría valer por medio de sus títeres, que se desconocerían unos a otros, que no sabrían que, entre todos, estaban poniendo el país en mis manos…

—Eso no va a suceder. Nunca.

—¿Así lo crees? Está bien, parece que por esta vez has ganado. Yo moriré, tienes mis archivos, podrás saberlo todo, desorganizarlo todo… Por esta vez has vencido. Pero la Sekreten Polizeiken siempre estará pendiente sobre vuestras cabezas. Mientras en un país haya hombres corrompidos, la Sekreten Polizeiken, que irá siendo cada vez más poderosa, los irá descubriendo, los irá controlando… y acabará por gobernar Estados Unidos y muchos otros países, siempre desde la sombra, siempre sin que nadie se entere de ello. Esta vez he fracasado. No la Sekreten Polizeiken, sino yo personalmente. Yo puedo desaparecer, pero la idea de la Sekreten Polizeiken está viva, alguien continuará mi labor, empezando de nuevo. Ya nada, detendrá a la Sekreten Polizeiken. Tardará veinte años, quizá cincuenta, quizá cien… pero en todos aquellos países cuyos dirigentes estén corrompidos o tengan algo de qué avergonzarse, volverá a brotar, volverá a ponerse en marcha. Lo de ahora, aquí, ha sido… un ensayo. Y ha salido mal no por defecto del sistema, sino por defecto del personal. Por culpa mía exclusivamente. No importa eso nada, Baby… Nada tiene importancia, porque la Sekreten Polizeiken seguirá siempre su marcha, aunque sea lentamente… Y sólo hay un modo de evitarlo.

—¿Cuál?

—Que no haya personajes importantes que estén corrompidos. ¿Te parece factible?

—No.

—Entonces… estáis perdidos todos. Detrás de mí hay miles de millones de dólares preparados para ser invertidos en esto, en conseguir la dirección de muchos países desde la sombra, tras el telón. ¿Siempre habrá hombres corrompidos…? ¡Pues siempre

estará en marcha la Sekreten Polizeiken! Y algún día… Sí, algún día, triunfará, pondrán esos corrompidos países en las mejores manos.

—Esa era la tercera pregunta… ¿Quién dirige esto detrás de ti? ¿Para quién estás trabajando?

—Para la Sekreten Polizeiken.

—No. Me refiero…

—Para la Sekreten Polizeiken.

—Pero la Sekreten Polizeiken está financiada por un país rico. Ni tu nombre, ni el de tu… Policía Secreta, define con claridad el idioma de ese país. Pero yo creo que un plan tan formidable sólo ha podido ser concebido por Rusia… ¿Eres ruso?

—Soy el jefe en activo de la Sekreten Polizeiken.

—¿Qué país financia la Sekreten Polizeiken?

—Soy el jefe activo de…

—Ya conozco esa canción —cortó Baby fríamente. Bueno, te diré que uno de tus… sekreten polizeikeners también quiso ser duro y valiente. Pero, tendido sobre un quirófano, no tardé en convencerle de que se puede tener valor para morir, pero no para ser… operado de apendicitis a lo vivo, por ejemplo. Y eso, Oskar, es una insignificancia comparado con lo que puedo llegar a imaginar para convencerte.

—Todo está previsto —sonrió Kubiken.

—¿Todo?

—Absolutamente todo. Jamás sabrás quién financia la Sekreten Polizeiken. Jamás.

—Cuando te tenga en el quirófano…

—Jamás me tendrás en un quirófano… como no sea para hacerme la autopsia. Y eso no creo que te sea de gran utilidad. Bien… Felicidades, Baby: tú has ganado. Pero, recuerda: sólo por esta vez.

Oskar Kubiken bajó las manos, arrancó con dos dedos uno de los botones de su ropa y, sonriendo irónicamente cuando Baby le ordenó, amenazándole con la pistola, que se estuviese quieto, llevó el botón a su boca y se lo tragó.

Cuando la mejor espía de todos los tiempos llegó precipitadamente junto a Oskar Kubiken, el jefe visible de la Sekreten Polizeiken estaba muerto.

Y muy abiertos, todavía expresando ironía y amenaza, sus grandes ojos que parecían de cristal.

Este es el final

—¿Y luego? —musitó míster Cavanagh.

—Luego llegaron los Simones, y el rancho quedó bajo el control de la CIA Todos los hombres de la Sekreten Polizeiken que no murieron durante el asalto de los Simones que esperaban mi aviso para pasar al ataque, han sido interrogados hasta el límite, pero nadie sabe nada más de lo que ya sabemos nosotros. Se puede decir que hemos limpiado a Estados Unidos de la presencia de la Sekreten Polizeiken, pero la pregunta es… ¿hasta cuándo?

—¿Cree que volverán? —se alarmó Pitzer.

Brigitte Montfort miró a Pitzer, luego a Cavanagh, luego a Simón-Maxwell, todos ellos acompañándola en su visita a míster Cavanagh, que muy pronto podría regresar a sus labores en la Central de la CIA, completamente restablecido.

—No lo sé… —murmuró por fin—. No lo sé, tío Charlie. Pero deberían volver.

—¿Qué dice? —Respingó Simón-Maxwell.

—Deberían volver, sí… Hemos dado ya las gracias al senador Wayne T. Madison por su colaboración en mi plan, por su valor y decisión en todo momento, aceptando tan difícil jugada. Pero, lamentablemente, no todos los senadores y demás personajes importantes de éste, ni de ningún otro país, tienen la integridad moral de Madison… Por lo que pienso que… incluso deberíamos ser nosotros quienes creásemos una… Sekreten Polizeiken.

—Está bromeando —dijo Cavanagh.

—Claro que está bromeando —rió Simón-Maxwell—. Como la broma de enviar un caballo suelto lejos de la casa, y mientras todos salían como tontos a perseguirlo, ella quedarse a solas con Oskar Kubiken y conseguir los microfilmes…

—Por cierto… —intervino Pitzer de nuevo—. Me gustaría saber qué dicen en las altas esferas respecto a todos esos… caballeros

corrompidos cuyos nombres y pruebas contra ellos tenía la Sekreten Polizeiken.

—¿Por qué se preocupa por eso, tío Charlie? Yo creo que esa clase de gente no merece nuestra atención. Quizá cuando les hagan recriminaciones, alejen de los puestos que ahora ocupan, se sentirán vejados, tratados injustamente… ¿Por qué ocuparnos de ellos, de esos sucios personajes? Yo creo que hay mejores cosas en las que pensar. Por ejemplo, Simón —se volvió hacia Maxwell—, ¿se acordó usted de cuidar debidamente de los canarios de míster Cavanagh durante estos días?

—Naturalmente que sí.

—¿Y la morfina? —dijo de pronto Cavanagh—. ¿Tuvo usted que inyectarse morfina para hacer todo el papel de Margie Jones…?

—Vamos, vamos, querido mío —rió Baby—. Era sólo un preparado vitamínico que me recomendó el buen Mc Gee, de nuestro departamento de… trucos especiales. Lo demás, una excelente interpretación de chica morfinómana por mi parte. No deben ustedes olvidar que soy sencillamente genial.

—Vaya… —farfulló Pitzer— pero carece de modestia, ¿no le parece?

—¿Modestia? —Se pasmó la más divina espía del mundo, en todos los tiempos—. ¿Y eso para qué sirve? Además, veamos las cosas tal como han sido, tío Charlie: mi plan fue estupendo, destruí nada menos que una organización poderosísima como la Sekreten Polizeiken, desbaratando planes muy ambiciosos y demostrando que míster Cavanagh nunca ha sido traidor a la CIA; he permitido a usted demostrar que está capacitado para dirigir algo más que el Sector de Nueva York de la CIA; he dado nombres de personas que serán barridas de nuestras organizaciones responsables en todo el país; he conseguido unos cientos de miles de dólares para la CIA; he mimado a míster Cavanagh; me he interesado por sus canarios; he llegado a comprenderlo mejor precisamente gracias a esos canarios; le comprendo y le respeto más a usted, pues ha demostrado ser persona capacitada; le he enviado a Mike Grogan un artículo en seis capítulos titulado Sekreten Polizeiken, y que va a aumentar una enormidad las ventas del «Morning News»; le he dicho a Frankie por teléfono que se afeite la barba que le salió esperándome a la salida del periódico hace días y que se ponga de esmoquin para salir esta

noche conmigo y pedirle perdón… ¡Caracoles, tío Charlie…! ¿Por qué tengo que ser hipócritamente modesta después de haber conseguido todo esto?

Los tres hombres estaban mudos de pasmo. Absolutamente incapaces de encontrar respuesta adecuada, vieron a la señorita Montfort ponerse en pie, recoger su bolsito… Se acercó a Simón-Maxwell y le dio un beso en cada mejilla. Repitió la operación con Pitzer y luego se inclinó sobre Cavanagh, acariciándole una mejilla.

—Cuídese, Simón —musitó—. ¿Qué harían sus canarios sin usted?

Lo besó ligeramente en la boca y se fue hacia la puerta. Desde allí se volvió y alzó amenazadoramente un dedito.

—Y pórtense todos bien, o se lo diré a la Sekreten Polizeiken.

FIN